

# EL INTELLECTUAL Y EL ESTADISTA: REFLEXIONES SOBRE KISSINGER

Aníbal Romero

(1986)

"No todas las revoluciones comienzan con la toma de la Bastilla".

H. A. Kissinger

## 1. INTRODUCCIÓN

Henry Kissinger subió a las cimas del poder gracias por sobre todo a la calidad de su intelecto. Una vez allí, se mantuvo debido a su extraordinaria habilidad diplomática, a su poder persuasivo, y al hecho de que, como estadista, poseía objetivos claros, un sentido de dirección definido, un orden explícito de prioridades, y —lo que es quizás más importante— la firme convicción de que "la política es proporción... su sabiduría depende de la relación recíproca de sus medidas, no de la astucia de movimientos individuales".<sup>1</sup> Kissinger expresó en forma más precisa esta idea así: "Una política efectiva depende no sólo de la brillantez de sus movimientos individuales, sino fundamentalmente de la relación que exista entre ellos. Una política efectiva requiere un sentido de las proporciones; por otra parte, un sentido del estilo le suministra la necesaria disciplina interna".<sup>2</sup> La acción de Kissinger como estadista debe ser juzgada como un todo, pues es el producto de una concepción intelectual y un propósito político que le infunden su coherencia interna y explican en buena parte su impacto en la realidad internacional contemporánea. En este ensayo se colocará el énfasis sobre esos aspectos estructurales de la obra teórica y práctica de Kissinger, en lugar de analizar en detalle sus iniciativas diplomáticas específicas.

Antes de convertirse en consultor presidencial para asuntos de seguridad nacional, y posteriormente en Secretario de Estado, Kissinger se distinguió en la vida académica como autor de varios libros y artículos sobre temas de historia diplomática, estrategia y política internacional.<sup>3</sup> Entre éstos se destacan dos obras de gran calidad teórica, escritas con estilo vigoroso, que se centran en las áreas a las que Kissinger ha dedicado mayor interés intelectual: la historia diplomática del siglo XIX, y los complejos problemas que la tecnología nuclear ha introducido en el comportamiento político de las grandes potencias de nuestro tiempo. Los libros **Un Mundo Restaurado**, y **Armas Nucleares y Política Internacional** labraron la reputación académica de Kissinger,

---

1. H.A. Kissinger: "Un Mundo Restaurado", Fondo de Cultura Económica, México, 1973, p. 114.

2. H.A. Kissinger: "The Policymaker and the Intellectual", en: D.B. Bobrow (ed) "**Components of Defense Policy**", Rand McNally & Co., Chicago, 1965, p. 413.

3. Para una bibliografía completa de Kissinger, puede consultarse la obra de S.R. Graubard- "Kissinger: **Portrait of a Mind**", Norton, N.Y., 1973.

y le abrieron el camino para actuar como asesor, en diversas capacidades, dentro del aparato gubernamental norteamericano. En estas obras, que tocan con brillantez y originalidad asuntos políticos y estratégicos, resalta un aspecto en particular: la importancia crucial que otorga Kissinger a la **teoría**, al propósito global, a la concepción intelectual que guía la acción del estadista. Como lo apunta en **Armas Nucleares y Política Internacional**: "Cualquiera sea el problema, bien sea que concierna a cuestiones de estrategia militar, o políticas de coalición, o relaciones con el bloque soviético, la era nuclear demanda sobre todo una clarificación doctrinal. En momentos en que la tecnología nos ha dado un dominio sobre la naturaleza nunca antes imaginado, el poder debe relacionarse estrechamente al **propósito** para el cual va a ser utilizado".<sup>4</sup> Este interés por la dimensión teórica de la política está presente en toda la obra de Kissinger, y es sin duda el hilo conductor que permite analizar en la forma más acertada la naturaleza y sentido de su acción práctica como estadista.

Esa preocupación por el factor teórico dentro de la política es rasgo típico de un temperamento intelectual. ¿Qué es un intelectual? Podría decirse que se trata esencialmente de un individuo que ve el mundo como **problema** y que lo afronta armado de preguntas, convencido en el fondo de que con muy poca frecuencia encontrará las respuestas que aspira. Kissinger escribió extensamente sobre tres estadistas que se caracterizaron por la fuerza imaginativa de sus concepciones y por su temperamento escéptico y conservador: Castlereagh, secretario británico del exterior durante el período final de las guerras napoleónicas; Mettemich, gran arquitecto de la "Santa Alianza" y forjador de la coalición que restauró la paz en Europa después de Waterloo; y por último Bismarck, el "canciller de hierro", sobre cuya figura política Kissinger elaboró uno de sus ensayos más brillantes. Fue Bismarck el que dijo: "La política es el arte de lo posible, la ciencia de lo relativo... La política no es una ciencia basada en la lógica; es la capacidad de escoger siempre, en condiciones que cambian constantemente, lo menos dañino, lo más útil".<sup>5</sup> No es casual que estos hombres hayan llamado la atención de Kissinger: Castlereagh, Mettemich, y sobre todo Bismarck vivieron la política como un reto ante el cual sobreviven aquellos que actúan en base a una sólida visión de lo que quieren. Esa perspectiva se opone al dogma, pues la política, como la vida misma, está llena de vicisitudes y de situaciones imprevisibles. Precisamente por ello, es indispensable para un estadista que ambicione **crear** y no tan sólo mantenerse a flote en un mar de acontecimientos sobre los que no tiene control, preservar un sentido de dirección definido, consciente en todo momento de que la manipulación de la realidad tiene sus límites y no es un sustituto de la concepción. Seguramente, lo que hizo más interesante para Kissinger el estudio de esas tres figuras históricas fue la combinación establecida —particularmente en el caso de Bismarck— de objetivos claros y firmes y una gran flexibilidad táctica, y la presencia de una actitud escéptica y fundamentalmente pesimista sobre los resultados últimos de la acción política.

---

4. H.A. Kissinger: "**Nuclear Weapons and Foreign Policy**", Norton, N.Y. 1977, p. 224.

5. Citado por Kissinger: *The White Revolutionary: Reflections on Bismarck*, *Daedalus* Vol 97, Summer 1968, p. 907; y por A.J.P. Taylor: "**Bismarck**", *New English Library* London, 1974, p. 90.

El conflicto entre la manipulación y la creación ha sido visto por Kissinger como el enfrentamiento entre dos perspectivas filosóficas y dos estilos políticos que, reducidos a las personalidades que les encarnan, distinguen al "estadista" del "profeta": "El estadista manipula la realidad; su meta principal es la supervivencia; se siente responsable no solo por el mejor sino también por el peor resultado concebible. Ve la naturaleza humana con suspicacia y está consciente de muchas grandes esperanzas que han fracasado, de muchas buenas intenciones que no pudieron materializarse, del egoísmo, la ambición y la violencia... Para el estadista, el gradualismo es la esencia de la estabilidad... Por el contrario, del profeta se preocupa menos de manipular que de crear la realidad. Lo que es posible le interesa menos que lo que es 'verdadero'... Cree en soluciones totales y le preocupa menos el método que el propósito. Cree también en la perfectibilidad del hombre... y objeta el gradualismo como una concesión innecesaria a las circunstancias. El profeta lo arriesgará todo porque su visión tiene para él un significado primordial. Paradójicamente, su perspectiva optimista sobre la naturaleza humana le hace más intolerante que el estadista. Si la verdad puede conocerse y es obtenible, sólo la inmoralidad o la estupidez pueden impedir que el hombre la realice".<sup>6</sup> Para Kissinger, el profeta y el estadista representan dos extremos, la expresión de un elemento inexorable de la historia, el conflicto entre la "inspiración", es decir, la voluntad de crear, de trascender la realidad, y la "organización", es decir, la necesidad del orden, de la estabilidad y el equilibrio en los asuntos humanos. La tensión se plantea entre los dos grandes símbolos de los ataques al orden: el conquistador y el profeta, que buscan la universalidad y la eternidad, y el estadista que debe sospechar de esos esfuerzos hacia la búsqueda de absolutos que implican "una negación de los matices, un rechazo de la historia".<sup>7</sup> En opinión de Kissinger, la contienda entre el conquistador y el profeta, por un lado, y el estadista por el otro, es "trágica y necesariamente inconclusa, porque el estadista tratará al profeta como una manifestación política, y el profeta juzgará al estadista con criterios trascendentales. El profeta, por más puros que sean sus motivos, paga por los profetas 'falsos' que le han precedido, y es de estos últimos que intenta ocuparse el estadista. Y por su parte el estadista confronta algo que siempre debe frustrar sus cálculos: **que no es el balance lo que inspira a los hombres sino la universalidad, no la seguridad sino la inmortalidad**".<sup>8</sup>

En la Europa del siglo XIX, Napoleón y el Zar Alejandro representaban los retos del conquistador y el profeta; Napoleón buscaba el orden en el dominio universal y Alejandro enarbolaba títulos morales absolutos en base a los cuales, estaba seguro, se reconciliaría la humanidad entera. Castlereagh y Mettemich buscaban el equilibrio a través de un balance de poder que garantizase la estabilidad, aún cuando no preservase necesariamente la paz. Para estos estadistas el reto consistía en lograr que el mantenimiento del orden no se hiciese sinónimo de su congelación, suprimiendo dentro del mismo todo elemento de creatividad. Como se verá más adelante, ambos fallaron, por

---

6. H.A. Kissinger: "**American Foreign Policy**", Third Edition, Norton, N.Y., 1977, pp. 46-

7. H.A. Kissinger: "**Un Mundo Restaurado**", ob. cit. p. 403.

8. Ibid.

diferentes causas, en su intento. Si ese conflicto entre la inspiración y la organización, entre la creación y la manipulación, es verdadero, el problema consiste en descubrir de qué manera es posible reconciliar ambos principios. establecer un balance entre esos extremos que permita al estadista construir dentro del orden sin disolverlo en el caos. Esta fue la tarea que se planteó Kissinger.

No es difícil encontrar en la historia contemporánea ejemplos de conquistadores y profetas. La nuestra es una época esencialmente revolucionaria en todos los órdenes. Lenin era un conquistador, su propósito fue universalizar su proyecto político. Trotsky era un profeta, y no cabe duda de que Kissinger retrocedería con horror ante expresiones como éstas: "Como socialistas queremos un mundo socialista no porque pensemos caprichosamente que de esta forma los hombres serán más felices... sino porque sentimos el imperativo moral de elevar la condición humana, aún si esto significa en última instancia que el sufrimiento de los hombres se ha elevado a un nivel superior, y la historia humana ha progresado desde el melodrama, la farsa y la monstruosidad hasta la tragedia misma".<sup>9</sup> Estas frases de Trotsky pueden tomarse como una excelente ilustración de la típica actitud del profeta: su radicalismo, su pasión por lo absoluto, su creencia fanática en la verdad de sus ideas, su disposición a llevarlas hasta el fin aún si los resultados contradicen todos los postulados iniciales. Kissinger, por otra parte, representa al estadista, que busca un mundo posible y no un mundo ideal, y sabe que puede fallar. En su caso particular Kissinger se vio enormemente ayudado por su condición de intelectual, al asumir al mundo como problema, consciente de las limitaciones de la acción política: "la prueba de un estadista es su capacidad para reconocer la relación real de fuerzas y hacer que este conocimiento sirva a sus fines"<sup>10</sup> El intelectual busca el conocimiento, el estadista tiene que aplicarlo- es insuficiente juzgar al estadista sólo en base a sus concepciones hay que tomar en cuenta también la ejecución de su visión. Es en este terreno, el de la relación entre sus concepciones y su acción de estadista donde resulta más enriquecedor analizar la figura política de Kissinger.

En un artículo publicado en 1959, Kissinger se planteó explícitamente el problema de las relaciones entre el intelectual y el político. La tensión que existe entre ellos se asemeja un tanto a la que se presenta entre el profeta y el estadista. El intelectual analiza el mundo, el político tiene que moverse en el mundo. El intelectual ansioso de alcanzar una certidumbre que con frecuencia le es negada, puede verse tentado por el dogmatismo y por visiones esquemáticas de la realidad-o bien -acosado por la inseguridad puede rechazar el inevitable ingrediente intuitivo de la acción política, que no siempre puede esperar a que se obtenga una certeza absoluta y se acumulen todos los datos necesarios antes de dar un paso. La política se nutre de la contingencia y esta plagada de conjeturas; su territorio es el riesgo y no puede aspirar a una seguridad total y permanente. De allí que es crucial que lo intelectuales que estudian la política o participan en

---

9. Citado por N. Mailer: "**Existential Errands**", New American Library, N.Y. 1973, pp. 237-238.

10. H.A. Kissinger: "**Un Mundo Restaurado**", ob. cit. p. 413.

ella comprendan que las exigencias de la acción práctica tienen una naturaleza peculiar y que el camino de una creatividad apartada de un sentido de los matices de los límites y defectos de toda empresa humana, puede ser extremadamente destructiva y conducir a una incesante dislocación de todo Upo de orden. El político, de otro lado, puede verse tentado por una manipulación constante de la realidad, la cual -sin una concepción filosófica y un sentido de dirección que le sirvan de base, se hace estéril. Kissinger no cree que esta tensión se resuelva mediante la confusión de los cometidos, a través de la conversión de los intelectuales en políticos y viceversa. Hay que buscar más bien una colaboración imaginativa entre ambos, que armonice el conocimiento y la acción en una perspectiva creadora.

En su ensayo, Kissinger observaba que: "Es muy raro encontrar al intelectual en el nivel en que se toman las decisiones; su rol es comúnmente el de asesor."<sup>11</sup> Posiblemente en ese momento Kissinger ni siquiera imaginaba que algún día alcanzaría las posiciones de poder que llegó a ocupar. En una entrevista concedida en 1974 Kissinger afirmaba que era "más historiador que estadista", y mucho más un observador desilusionado de "los esfuerzos baldíos, de las aspiraciones irrealizadas, de los deseos fallidos" que una persona que actúa "asumiendo que los problemas deben resolverse".<sup>12</sup> A pesar de estas declaraciones el hecho es que Kissinger asumió su tarea de estadista con una voluntad esencialmente arquitectónica; convencido de que (como lo enfatizó en esa misma entrevista): "Si uno actúa en forma creativa, puede mover el mundo hacia soluciones estructurales indispensables".<sup>13</sup>

Como estadista y como ideólogo Kissinger puede ser calificado de "conservador"; uno de sus críticos afirma que hay en él "un miedo congelante e intratable a la revolución, un profundo horror de los levantamientos internos que provocan el colapso del orden social y de la estabilidad internacional".<sup>14</sup> Más no todos los conservadores son iguales; hay algunos que se limitan a mantener lo existente como un fin en sí mismo, aferrándose al presente sin una visión del porvenir; hay otros que manipulan las tendencias históricas en un acto creador, preservando algún tipo de orden por temor a un futuro que puede ser peor. Mettemich pertenece al primer grupo; Bismarck y Kissinger al segundo.

Mettemich "Entendía las fuerzas que actuaban mejor que la mayoría de sus contemporáneos, pero este conocimiento no le sirvió de mucho porque lo utilizó casi exclusivamente para desviar su marcha inexorable, **"en lugar de ponerlas a su servicio para una tarea de construcción"**.<sup>15</sup> Mettemich confundió el orden con el estancamiento, y no lo entendió como un reto a superar. Bismarck, por su parte, también cometió errores, pero no fue un conservador al estilo de Mettemich. En una ocasión, Bismarck se refirió a un artículo que le describía como "revolucionario" con estas palabras:

---

11. H.A. Kissinger: *The Policymaker and the Intellectual*, ob. cit. p. 417.

12. Citado por: L. Garruccio: **"La Era de Kissinger"**, Ediciones Guadarrama, Madrid 1977 p. 54.

13. *Ibid*, p. 127.

14. D. Landau: **"Kissinger: The Uses of Power"**, Robson Books, London, 1974, p. 15.

15. H.A. Kissinger: **"Un Mundo Restaurado"**, ob. cit., p. 411

Sólo el azar decide si las condiciones transforman al mismo hombre en blanco o en rojo".<sup>16</sup> Con la perspicacia que le caracteriza, Kissinger tituló su ensayo sobre Bismarck "El Revolucionario Blanco". También Kissinger produjo, a pesar de su temperamento conservador, una profunda revolución en la política exterior norteamericana. Las raíces de la misma deben buscarse en su concepción de la política, que será el tema de la sección siguiente.

## 2. VISIÓN DE LA POLÍTICA Y DE LA HISTORIA

*"Creo que el verdadero modo de conocer el camino al paraíso es conocer el que lleva al infierno, para poder evitarlo".*

*Maquiavelo*

Durante casi una década, Henry Kissinger centralizó la política exterior de una gran super potencia mundial. A lo largo de esos años, era común que los comentaristas se refiriesen al "maquiavelismo" de Kissinger. De hecho, son pocos los estadistas de éxito a los que no se haya calificado, por alguna razón, de "maquiavélicos"; esto es así pues sería muy difícil triunfar en política sin actuar dentro de los parámetros de realismo que prescribió Maquiavelo en **El Príncipe**. No obstante, la imagen corriente que se tiene de lo planteado por ese extraordinario pensador político es en extremo simplista y usualmente distorsionada. El "realismo político" de Maquiavelo no está exento de una dimensión ética, que se fundamenta en un acercamiento al mundo tal como es, y en la constatación de las debilidades, ambiciones, y, también, momentos de grandeza que llenan la vida de los hombres. Con Maquiavelo, el pensamiento político alcanza un punto de madurez, al limitar sus exigencias. Resulta interesante, como ahora se intentará mostrar, abordar la visión política de Kissinger a través de una cierta lectura de Maquiavelo, basada en la brillante interpretación de la obra del pensador florentino realizada por Sheldon Wolin en su libro **Política y Perspectiva**.

Como señala Wolin, la originalidad de Maquiavelo se desprende de su intento de excluir de la teoría política todo lo que no parecía ser estrictamente político, rechazando así normas tradicionales como la "ley natural" y adoptando un método pragmático de análisis enfocado casi exclusivamente en cuestiones de poder: "Entonces -escribe García Pelayo-, la sabiduría política consistirá, de un lado, en el conocimiento de esa razón de Estado inmanente a la vida política y que nos la mues-tra no como deba ser, sino tal cual es, no como un sistema normativo, sino como un sistema de relaciones causales; y, de otro, en aceptar sus correctas conclusiones como guía de la acción política".<sup>17</sup>

---

16. Citado por A.J.P. Taylor: "**Bismarck**", ob. cit. p. 72.

17. Manuel García-Pelayo: "**Del Mito y de la Razón en la Historia del Pensamiento Político**"  
Revista de Occidente, Madrid, 1968, p. 247.

El aspecto crucial de la "nueva ciencia" formulada por Maquiavelo consiste en dar a la teoría política una orientación problemática, antes que ideológica: "Un problema tiene varias facetas; una ideología, un foco central".<sup>18</sup> Este rechazo de la "ideología" significa en Kissinger apartarse del dogmatismo, aceptar la complejidad del mundo y la vida política, tomar conciencia de las limitaciones de la acción humana.

Este rechazo, no ya de las etiquetas ideológicas, sino de una cierta manera de aproximarse a los asuntos políticos con dogmas y "furores abstractos", es uno de los rasgos más distintivos de la personalidad de Kissinger como estadista. Dentro de la evolución de la política exterior norteamericana, Kissinger representó un giro profundo desde una visión netamente ideológica y maniqueísta -predominante entre 1946 y 1969- a una visión pragmática e instrumental. En **Un Mundo Restaurado** Kissinger cita con aprobación las frases de Mettemich: "Mi punto de partida es la quieta contemplación de los asuntos de este mundo, no la de los asuntos del otro acerca del cual no sé nada y que es objeto de la fe. opuesta estrictamente al conocimiento... En el mundo social... debemos actuar a sangre fría, con base en la observación y sin odios o prejuicios...".<sup>19</sup> La concepción pragmática de Kissinger no elimina los principios éticos, pero procura no convertirlos en elementos intangibles e inmanejables para el estadista. En este sentido Kissinger comparte la perspectiva de Bismarck, quien expresó: "Mi ideal en política exterior es la libertad en relación a cualquier prejuicio, e independencia de las decisiones con respecto a impresiones de rechazo o afecto por los Estados extranjeros y sus gobiernos".<sup>20</sup> El carácter **problemático** de la lucha política, de la organización de la convivencia política y de las relaciones entre Estados soberanos, hace extremadamente peligroso y hasta inmaduro el dogmatismo ideológico, que impide el compromiso, los arreglos parciales, y conduce con frecuencia a callejones sin salida. Los Estados y los grupos tienen intereses; las ideologías no son negociables, los intereses en cambio sí lo son. Por ello, Kissinger trató en sus empresas diplomáticas de apartar a un lado el ropaje ideológico que siempre recubre los conflictos, y de negociar en base a intereses concretos.

Lo anterior no era producto de un capricho, la manifestación de un "maquiavelismo" vacío, sino el resultado de una clara conciencia acerca de lo que Wolin llama la "ironía de la política", esa especie de alquimia que surge en la condición política mediante la cual el bien puede transmutarse en mal, y éste en bien. Decía Maquiavelo en **El Príncipe**: "Algunas cosas parecen virtuosas, pero si se las pone en práctica serán ruinosas... otras parecen vicios, pero, puestas en práctica, redundarán en estabilidad y bienestar...".<sup>21</sup> Kissinger expresó la misma idea en una entrevista: "Creo en el progreso, pero Rousseau ha matado a mucha gente con su optimismo... Creo ser realista, creo en la grandeza y la bajeza del hombre. Cuando se conoce la historia, observamos cuántas tragedias fueron desencadenadas por hombres de buena voluntad".<sup>22</sup>

---

18. Sheldon Wolin: "**Política y Perspectiva**", Amorrortu, Buenos Aires, 1973, p. 218.

19. Citado por: H.A. Kissinger: "**Un Mundo Restaurado**", o b. cit. p. 22.

20. Citado por A.J.P. Taylor, ob. cit. p. 32.

21. Citado por S. Wolin, ob. cit. p. 245.

22. Citado por L. Garrucio, ob. cit. p. 21

El estadista debe protegerse de los profetas, no importa cuál sea el grado de pureza de sus motivaciones. La historia demuestra que han habido muchos profetas "falsos", y que en política, las mejores intenciones, llevadas a la práctica, pueden trastocarse y desembocar en tragedia. El cementerio de los ideales fallidos es el más congestionado de todos los que existen en el amplio y antiguo territorio de las luchas políticas. Para **crear** dentro de la política es indispensable tener una visión arquitectónica, y no exclusivamente manipulativa. Mas esa perspectiva creadora no tiene por qué manifestarse sólo en términos positivos, destinados a cambiar lo que existe. A veces la creatividad puede expresarse a través de una política de contención del cambio, de preservación del orden, de levantamiento de diques ante alternativas que puedan degenerar en caos y aumentar así el voluminoso almacén de las esperanzas truncadas. Es por todo esto que Kissinger afirma, con una frase verdaderamente impactante, que: "el problema fundamental de la política... no es el control de la maldad sino la limitación del puritanismo".<sup>23</sup> Tal idea coincide en forma precisa con la "revolución teórica" introducida por Maquiavelo dentro de la teoría política. Como lo expresa Wolin: "Mientras que las tradiciones clásica y medieval habían enfocado el conocimiento político como un conjunto de remedios prescriptivos, encaminados a la constante eliminación del mal en la sociedad política, la nueva ciencia se basaba en las premisas de que la cantidad de mal en el mundo permanecía más o menos constante, y de que la naturaleza peculiar de la acción política residía en que no se la podía disociar de malas consecuencias...".<sup>24</sup>

Otra coincidencia significativa entre los planteamientos de Maquiavelo y Kissinger se refiere a la relación entre el elemento arquitectónico y el elemento manipulativo de la política. Para Maquiavelo, eran muy contadas las ocasiones en que las condiciones históricas ofrecían la posibilidad auténticamente creativa de fundar un nuevo orden político. La mayor parte de las veces la acción política implicaba "manipular una masa de componentes cambiantes que no podían ser reducidos a una forma permanente durante ningún período fijo".<sup>25</sup> El universo de la actividad política está plagado de incertidumbre; la contingencia juega dentro de él un papel fundamental. Se trata de un mundo ambiguo donde, como lo expresa Maquiavelo, "es imposible eliminar un inconveniente sin que surja otro", y donde "nunca se encuentra una cuestión definitiva e incuestionable".<sup>26</sup> Kissinger, por su parte, ha escrito que al político "debe permitírsele ese factor de ambigüedad que es a veces inseparable de una situación ante la cual no se puede, al comienzo del proceso, conocer completamente sus posibles consecuencias... El dilema del estadista es que no puede nunca estar seguro acerca del curso probable de los acontecimientos. Al tomar una decisión tiene necesariamente que actuar sobre la base de una intuición que no puede someterse previamente a pruebas. Si insiste en la certidumbre, corre el peligro de hacerse prisionero de los eventos".<sup>27</sup> El actor político no puede entonces .pretender "fusionarse"

---

23. H.A. Kissinger:-"**Un Mundo Restaurado**", ob. cit. p. 267.

24. Sheldon Wolin: ob. cit. p. 225. 2

5. Ibid, p. 233.

26. Citado por Wolin, ob. cit. p. 233.

27. Citado por Coral Bell: "**The Diplomacy of Détente. The Kissinger Era**", M. Robertson, London, 1977, p.29.



con sus materiales, hay muchos elementos que tiene que tomar como "dados" y sobre los cuales no puede ejercitarse la facultad "arquitectónica". Se hace entonces necesario recurrir al arte de la manipulación, y no hay duda de que tanto Maquiavelo como Kissinger conciben la política en términos esencial, pero no exclusivamente, manipulativos: su objetivo es el dominio, no la "escultura" política.

Ahora bien, la noción de dominio político no tiene aquí un carácter únicamente técnico, referido a la mera eficacia de los controles. Ya se ha sugerido que la "nueva ciencia" creada por Maquiavelo no era "amoral"; en ella está presente una dimensión ética. No se trata de una ética de grandes y virtuosos principios, de metas exaltadas y emociones profundas; es una ética discreta, sensata, poco sentimental, basada en la **prudencia** y la **previsión**. En ella se destaca la intención de **limitarla fuerza**, de **evitar los excesos del poder**: "la obsesión por el poder de Maquiavelo es más bien su convicción de que el 'nuevo camino' no podía efectuar una contribución mayor que crear una economía de la violencia, una ciencia de la aplicación controlada de la fuerza. Tal ciencia tendría por tarea proteger el límite que separaba la creatividad política de la destrucción... El control de la violencia dependía de que la nueva ciencia pudiera administrar la dosis precisa adecuada para situaciones específicas".<sup>28</sup> No cabe exagerar la importancia que tiene para la política, así como para la estrategia militar y la vida misma la idea de "economía de la violencia", que desmiente radicalmente a los que ven en Maquiavelo a un malvado, a un hombre sin escrúpulos y principios éticos de ninguna clase. En tal sentido, Wolin cita uno de los más hermosos párrafos del pensador florentino, que se encuentra en sus famosos **Discursos sobre los primeros diez libros de Tito Livio**: "Porque quien merece reproche -dice Maquiavelo- es el hombre que emplea la violencia para estropear las cosas, y no quien la utiliza para corregirlas".<sup>29</sup> Tanto en **El Príncipe** como en los **Discursos** Maquiavelo retorna una y otra vez al tema de la "economía de la violencia", y aconseja a los gobernantes medir bien sus objetivos, cuidarse de iniciar a la ligera las guerras, que, una vez comenzadas, son con frecuencia difíciles de concluir; estimar con sensatez los costos que pueden incurrirse al tomar determinados cursos de acción, no prolongar los conflictos, y cuidarse de sobreestimar sus propios recursos.

Las ideas mencionadas se encuentran también en la obra de Kissinger, para quien ha sido una constante preocupación el problema del control del poder y de su relación con los objetivos del Estado. En la era nuclear, "el mayor problema es **disciplinar** el poder para hacerlo guardar una relación racional con los objetivos en disputa".<sup>30</sup> No es tan solo que la tecnología nuclear ha creado un exceso de poder, y que, por razones meramente técnicas, se ha hecho necesario controlar la fuerza; hay también un principio ético en juego, pues "La tentación de la guerra es castigar", pero "la tarea de la política es construir".<sup>31</sup>

---

28. Citado por Wolin, ob. cit. p. 239.

29. Ibid.

30. H.A. Kissinger: "**American Foreign Policy**", ob. cit. p. 59.

31. H.A. Kissinger: "**Un Mundo Restaurado**", ob. cit. p. 182.

El interés de Kissinger por Mettemich y Bismarck tiene mucho que ver con el hecho de que estos estadistas, cada uno a su manera y en circunstancias diferentes, emplearon la fuerza en forma controlada, en función de objetivos muy claros, y buscando en todo momento no excederse y evitar la posibilidad de ascender innecesariamente en la escala de la violencia: "Fue así que Mettemich planteó el problema conservador como la necesidad de trascender la afirmación de la validez exclusiva de la voluntad y como el requerimiento de limitar las pretensiones del poder... 'Castigar' a los malvados es una cuestión relativamente sencilla, porque no es más que la expresión de la moralidad pública. Restringir el ejercicio del poder legítimo es más difícil porque el mismo afirma que el derecho existe en el tiempo y en el espacio; que la volición, por más noble que sea, está limitada por fuerzas que trascienden la voluntad; que el logro del autocontrol es el último reto del orden social".<sup>32</sup> Bismarck, por su parte, resolvió el problema de la unificación de Alemania a través de la guerra empleada como instrumento político, procurando en todo momento impedir su ampliación más allá de los límites trazados por sus fines. La "economía de la violencia" puede no ser el más inspirado de los principios éticos, pero, como bien dijo Taylor refiriéndose al "canciller de hierro": Las guerras planeadas por Bismarck mataron miles; las guerras 'justas' de nuestro siglo veinte han matado millones".<sup>33</sup>

En esta sección se ha venido delineando un paralelismo entre el pensamiento político de Maquiavelo -que en su más pura sustancia se separa de la imagen común que se tiene al respecto- y la visión política de Kissinger. Queda por considerar un punto que de cierta manera sirve de base a los demás. Como señala Wolin, uno de los aspectos más interesantes y originales de Maquiavelo fue el haber advertido la **complejidad de los intereses** dentro de la vida política. Enfrentado al mundo de las luchas políticas, Maquiavelo constató que una de sus características más resaltantes viene dada por la presencia simultánea de intereses múltiples, de Estados y grupos, que a veces están en conflicto y otras veces en armonía. Esa multiplicidad de intereses puede manejarse de dos maneras: bien a través de su aplastamiento, en un intento de uniformización, que es la empresa de los conquistadores; o bien mediante su conciliación a través de la negociación y el compromiso, que es la empresa del estadista. Reconocer no solamente la **realidad** sino también la **legitimidad** de esa complejidad y multiplicidad de intereses es el primer paso para entender la naturaleza de la tarea del estadista, para el cual un problema fundamental es: "cómo producir un entendimiento de la **complejidad** de la política cuando es imposible producir una comprensión de su sustancia".<sup>34</sup> Un mundo complejo requiere al estadista y exige al intelectual; un mundo homogéneo no los necesitaría.

---

32.Ibid, p. 267.

33.A.J.P. Taylor: ob. cit. p. 62.

34.H.A. Kissinger: "**Un Mundo Restaurado**", ob. cit. p. 419.

### 3. OTROS ASPECTOS DE LA VISIÓN DEL MUNDO

*"La gratitud y la confianza no pondrán ni a un solo hombre de nuestro lado; únicamente lo hará el miedo, si lo usamos con habilidad y cautela".*

*Bismarck*

Una de las diferencias básicas que se da entre los que piensan y actúan en política se refiere a la actitud asumida ante las potencialidades de la naturaleza humana. Por un lado están los pesimistas, como Maquiavelo, Lutero, Hobbes, que destacan el ansia de poder y la iniquidad en la historia de los conflictos humanos, y entienden la política como un freno a esas tendencias. Maquiavelo en particular es más que todo conocido por su visión pesimista del hombre, y nos dice en **El Príncipe** que "los hombres siempre serán malos, si la necesidad no les obliga a ser buenos".<sup>35</sup> Para los pesimistas, sin embargo, la falta de entusiasmo respecto al hombre no implica la aceptación del caos; por el contrario, la anarquía en los asuntos humanos es vista como material para la creatividad y no como excusa para la resignación. De otro lado se encuentran los optimistas, que como Paine, los socialistas utópicos, y Comte, unen el impulso de creatividad con una teoría de la inocencia del hombre. Otros más sofisticados, como Lenin, lo apuestan todo al cambio en las condiciones sociales, el cual tiene que ser eventualmente un cambio **universal**. El libro de Lenin: **El Estado y la Revolución** es sin lugar a dudas la obra de un gran optimista. Allí Lenin afirma lo siguiente: "sabemos que la causa social más profunda de los excesos, consistentes en la infracción de las reglas de convivencia, es la explotación de las masas... Al suprimirse esta causa fundamental, los excesos comenzarán inevitablemente a 'extinguirse', **no sabemos con qué rapidez y gradación, pero sabemos que se extinguirán**. Y con ello se 'extinguirá' también el Estado".<sup>36</sup> (Subrayado A.R.) Los conquistadores y profetas ofrecen siempre su buena fe como garantía de verdad; el problema, desde luego, está en que la realización de las utopías conlleva un proceso de dislocación cuyos resultados no tienen por qué coincidir con las esperanzas de sus originadores. Como lo expresa Kissinger "El punto flaco, de los revolucionarios consiste en la creencia de que el inundo por el que luchan combinara todos los beneficios del nuevo proyecto con las virtudes de la estructura derribada. Pero cualquier perturbación trae su precio. Las fuerzas liberadas por la revolución tienen su propia lógica, que no puede ser deducida de las intenciones de sus defensores".<sup>37</sup> Los grandes revolucionarios, como Lenin, han sido usualmente optimistas; los grandes conservadores, como Burke y Mettemich, pesimistas. La disociación de estas "parejas vitales" produce hombres que, como Bismarck, rompen los patrones normales.

---

35. Maquiavelo: "**El Príncipe**", Revista de Occidente, Madrid, 1955, p. 436.

36. V.I. Lenin: "**Obras Escogidas**", Editorial Progreso, Moscú, 1969, p. 341.

37.H.A. Kissinger: "The White Revolutionary...", ob. cit. p. 432.

Sería un error pensar que el significado de esta distinción entre "pesimistas" y "optimistas" se agota en una cuestión de actitudes. Sus consecuencias en el pensamiento y la acción políticos pueden ser profundas. En efecto, los teóricos y actores políticos que aquí llamamos "pesimistas" parten siempre de la idea de que los conflictos y antagonismos son inevitables en la sociedad; el arte político debe tomar esos conflictos como materia prima de una misión creadora, y establecer zonas de acuerdo, o al menos, hacer posible un compromiso entre fuerzas rivales que evite recursos más duros. "El arte político - escribe Wolin— tiene como tarea la actividad política conciliatoria; su gama de creatividad es definida y determinada por la necesidad de respaldar las actividades continuas de la comunidad. Su incansable búsqueda de conciliación está inspirada, en el fondo, por la creencia de que el arte de la imposición debería estar limitado a las situaciones en que no existe otra alternativa".<sup>38</sup> Un corolario de esta perspectiva sobre el propósito específico de la política es la noción de que el "orden" no es un esquema fijo, sino una especie de equilibrio precario que demanda la voluntad de aceptar soluciones parciales. No obstante, numerosos pensadores han concebido el orden político como un modelo ideal que debe utilizarse para dar a la realidad política una forma fija y una imagen definida. Este es el caso de Platón, quien además sostenía que el orden solo podía surgir cuando **no hubiese conflicto y antagonismo**, lo cual de hecho quería decir que el orden así creado **renunciaba a su elemento político específico**. En otras palabras, Platón consideraba que el objetivo tanto de la filosofía como del arte político era crear la "sociedad justa" en la que no iban a existir conflictos, luchas y antagonismos; en vista de que **son precisamente esas luchas** el contexto propio de la actividad política, la concepción platónica se fundamentaba en una paradoja: la filosofía y el arte de crear orden debían enfrentarse en forma permanente a la actividad política, a los fenómenos conflictivos que eran los que hacían importantes ese arte y esa "ciencia". Por este deseo de alcanzar un mundo ideal y de eliminar los antagonismos, el pensamiento de Platón desembocaba en las consecuencias totalitarias que han sido tan brillantemente analizadas y duramente criticadas por Karl Popper en su famoso libro **La Sociedad Abierta y sus Enemigos**.<sup>39</sup> Si la acción política tenía que extirpar lo que son circunstancias propias de la existencia social: el conflicto y los enfrentamientos de muy diversa índole, se vería inevitablemente obligada a recurrir a los métodos impositivos que el mismo Platón llegaba a aceptar como necesarios.

Wolin indica que la fascinación de Platón por el arte de la medicina conduce a analogías engañosas, ya que el cuerpo político no experimenta "enfermedades" sino conflicto, y su finalidad no es la "salud" sino "la búsqueda infinita de un cimiento capaz de sostener la masa de contradicciones presentes en la sociedad".<sup>40</sup> En nuestro tiempo, la idea marxista de que en la sociedad comunista "el gobierno sobre las personas será sustituido por la administración de las cosas", continúa en el sentido ya explicado la vocación platónica de

---

38. S. Wolin :ob. cit. p.53.

39. Kari Popper: **The Open Society and its Enemies**", Vol.1, Routledge Kegan&PaúLondon, 1969, pp.86,168.

40. S. Wolin :ob. cit. p. 53.

suprimir la actividad política como tal. Lenin se hace eco de ello cuando sostiene que en esa sociedad ideal "la **necesidad** de observar las reglas nada complicadas y fundamentales de toda convivencia humana se convertirá muy pronto en una **costumbre**".<sup>41</sup> El problema es que toda la historia del hombre demuestra que tales reglas de conducta son más complicadas de lo que parecen; la historia del pensamiento político, por otra parte, atestigua que la **definición** de esas reglas no es tarea fácil; y por último, la historia de las luchas políticas prueba que la **aceptación** de las reglas, una vez definidas, es un proceso muy difícil. Por esto, el ideal del orden debe estar "atemperado por la sensata comprensión de que ninguna idea política -incluida la idea misma del orden- se cumple jamás plenamente, así como pocos problemas políticos se resuelven alguna vez de modo irrevocable"; de aquí que "El arte de gobernar debe apuntar... a lograr estabilidades temporarias y síntesis parciales; a equilibrar algunas fuerzas sociales al mismo tiempo que se tolera cuidadosamente a otras. El arte del estadista es el arte de encarar lo incompleto".<sup>42</sup>

Estas últimas frases de Wolin podrían haber sido escritas por Kissinger, quien se ubica nítidamente dentro del campo de los "pesimistas". En su obra teórica y su acción como estadista Kissinger se ve impulsado por una aguda conciencia de la posibilidad de la tragedia. "Sepa —dijo en una entrevista— que con la experiencia que he vivido a los quince años al ver como todo se venía abajo a mi alrededor, todo lo que mis padres habían construido, he comprendido la fragilidad de las cosas y adquirido el sentido de lo trágico".<sup>43</sup> Kissinger tuvo que abandonar Alemania, su país natal, debido a las persecuciones nazis, Posteriormente, escribió en su tesis de grado que: "La vida es sufrimiento, el nacimiento incluye la muerte. La transitoriedad es el destino de la existencia".<sup>44</sup> En sus diversos libros y pronunciamientos Kissinger expresa reiteradamente su preocupación por la dificultad que tienen los hombres, las instituciones y los Estados para vislumbrar la posibilidad de su decadencia y de su fin: "La pérdida de las sociedades estables o de los sistemas internacionales estables reside en su incapacidad para concebir un desafío mortal".<sup>45</sup> En relación a Estados Unidos, Kissinger observa la ausencia de la experiencia trágica en la formación de esa nación, cuya historia se ha visto notoriamente libre de desastres (Vietnam ha sido posiblemente el más traumático de todos). Kissinger fue profeta en relación a su propia situación como estadista cuando escribió (con referencia a Castíereargh y la Inglaterra del siglo XIX) que: "Una potencia que nunca ha experimentado el desastre encuentra difícil comprender una política conducida con una visión de la catástrofe".<sup>46</sup> Kissinger condujo la política exterior de su país estimulado por una visión de la catástrofe, en este caso la posibilidad de una guerra nuclear total entre las superpotencias. Como se verá posteriormente, si bien la opinión interna norteamericana aceptó en general esa política, las motivaciones más profundas

---

41.V.I. Lenin: ob. cit. ed. cit. p. 350.

42.S. Wolin: ob. cit. pp. 54, 76.

43.Citado por Garrucio: ob. cit. p. 17.

44.El título de la tesis, no publicada, es: "El Significado de la Historia: Reflexiones sobre Spengler, Toynbee y Kant". Véase: S.R. Graubard, ob. cit. p. 6.

45.H.A. Kissinger: "The White Revolutionary...", ob. cit. p. 919.

46.H.A. Kissinger: "**Un Mundo Restaurado**", ob. cit. p. 117.

que la guiaban no sobrevivieron la salida de Kissinger del Departamento de Estado. La sutileza teórica de sus concepciones, y el fondo psicológico de su posición, excedían la experiencia y el marco ideológico del pueblo norteamericano. Kissinger escribió de Mettemich que éste "carecía del atributo que ha permitido al espíritu superar un estancamiento en tantas crisis de la historia: la capacidad para contemplar un abismo, no con el alejamiento de un científico, sino como un reto que superar o perecer en el proceso".<sup>47</sup> Kissinger sí tuvo esa capacidad, y ella es quizás el rasgo más distintivo de su personalidad política.

A pesar de su visión pesimista de la naturaleza humana y su sentido trágico de la vida, hay en Kissinger una enfática reivindicación del papel del individuo en la historia, que no deja de ser estimulante en esta época de colectivismo y aplastamiento de lo individual: "Por supuesto -escribe— no se puede negar que la política no ocurre en un vacío, que el estadista confronta materiales que debe tratar como dados. No sólo la geografía y la disponibilidad de recursos trazan los límites de la tarea del estadista, sino también el carácter del pueblo y la naturaleza de su experiencia histórica. **Pero afirmar que la política no crea su propia sustancia no es lo mismo que afirmar que la sustancia se realice sola.** El conocimiento de que el Imperio Napoleónico se estaba tambaleando fue la **condición** de la política en 1813, pero no era en sí mismo una política. Que el período de la revolución debía ser sustituido por un orden de equilibrio, que la afirmación de la voluntad debía ceder su lugar a una insistencia en la legitimidad, son hechos que pudieron haber estado 'en el aire'<sup>48</sup>; fueron Mettemich y Castiereagh quienes transformaron ese conocimiento en políticas concretas, quienes elaboraron, con el material disponible, las metas y la acción. El conocimiento político debe ser un sendero para la acción política; el estadista no tiene necesariamente que ser un filósofo político, pero no debe tampoco encerrarse dentro de los límites de un estrecho pragmatismo, ciegamente manipulativo. Hay individuos que juegan un rol crucial en la historia, y si la política es también arquitectura social, los estadistas deben asumir plenamente esa dimensión de su arte.

En la perspectiva de Kissinger, el aspecto arquitectónico de la política está ligado a la moderación y el control en el ejercicio del poder. Al hombre le es dado crear, pero sus creaciones no siempre coinciden con sus ilusiones y deseos. Esto es especialmente trágico en política, por las consecuencias sociales que en ese terreno tienen los actos individuales

Kissinger admira a Bismarck porque supo someter las pretensiones del poder: "El estadista, que no dejaba de ensalzar la razón de Estado, poseía una agilidad de concepción y un sentido de la proporción que' mientras vivió, hizo del poder un instrumento de autodomínio".<sup>49</sup>

Bismarck, como Kissinger, entendió que una correcta evaluación del problema del poder, tanto en lo que se refiere a las aspiraciones creadoras en el marco interno

---

47.Ibid, p. 410..

48.Ibid, pp. 412-413.

49.H.A. Kissinger: "The White Revolutionary...", ob. cit. p. 890

actitud de Kissinger hacia la Unión Soviética y en su concepción general del sistema internacional contemporáneo. El estadista no maneja materiales inertes, sino que tiene que relacionarse con voluntades independientes a la suya; por ello, no debe identificar el curso de los acontecimientos con los dictámenes de su propia voluntad. El gradualismo en el marco interno; la negociación, el compromiso, y el uso controlado de la fuerza en el campo internacional, fueron los caminos escogidos por Kissinger.

El control de la fuerza, la definición política de la victoria, el cálculo de los costos, es el problema fundamental de la guerra; y los problemas de la paz, "aunque menos excitantes que los de la guerra, tienen su propia lógica, y sólo ellos justifican el sufrimiento de las naciones".<sup>50</sup> El "giro" teórico efectuado por Kissinger en la política exterior norteamericana está estrechamente conectado al concepto de **limitación** en los objetivos políticos y militares: "La lógica de la guerra es el poder, y el poder no tiene limite inherente. La lógica de la paz es la proporción, y la proporción implica limitación. El éxito de la guerra es la victoria; el éxito de la paz es la estabilidad. La condición de la victoria es la entrega, la condición de la estabilidad es la autorrestricción... La tentación de la guerra es castigar; la tarea de la política es construir".<sup>51</sup>

Antes de convertirse en estadista, Kissinger era un intelectual, y lo siguió siendo mientras participaba en política como actor. Como verdadero intelectual, Kissinger se acercó al mundo como problema. Sus ideas básicas, ya expuestas, sobre la política, la historia, el rol del estadista, la paz y la guerra, constituyeron el andamio teórico sobre el cual se levantó su proyecto político. El intelectual Kissinger no llegó al poder para divertirse como manipulador, sino para trabajar - consciente de las limitaciones inherentes a la empresa- como arquitecto político y plasmar su visión en el orden internacional contemporáneo.

#### 4. EL PROYECTO POLÍTICO

*"El reto de nuestro tiempo es reconciliar la realidad de la competencia con el imperativo de la coexistencia".*

*.H.A. Kissinger*

El objetivo fundamental de Kissinger como estadista fue promover un sistema internacional estable a través de la creación de un consenso sobre la naturaleza del orden. En un ensayo de 1968 Kissinger escribió que: "El requerimiento fundamental del sistema internacional contemporáneo es un acuerdo en torno a un determinado concepto de orden"; este orden mundial debía caracterizarse

---

50.H.A. Kissinger: "Un Mundo Restaurado", ob. cit. p. 167.

51.Ibid, pp. 181-182.

por "encontrar la estabilidad en el autocontrol, y en última instancia, en la cooperación".<sup>52</sup> El foco central de lo que fue el proyecto político de Kissinger es la idea de "estabilidad", que no es lo mismo que la paz. En un sistema de Estados soberanos con intereses competitivos, la paz no puede ser el modelo "normal" de las relaciones internacionales, sino el resultado de la estabilidad: "Siempre que la paz... ha sido objetivo primordial de una potencia o grupo de potencias, el sistema internacional ha estado a merced del miembro más feroz de la comunidad mundial. Siempre que el orden internacional ha reconocido que ciertos principios no se pueden violar, ni siquiera en aras de la paz, la estabilidad basada en un equilibrio de fuerzas ha sido por lo menos concebible".<sup>53</sup> En consecuencia, la paz no es una meta que deba buscarse directamente, sino la expresión de un contexto de relaciones de poder: es hacia la creación de este contexto, y no hacia la paz misma, que debe dirigirse el esfuerzo de la diplomacia.

La estabilidad, a su vez, depende del grado de aceptación de este contexto, es decir, de su "legitimidad", que no es lo mismo que la "justicia" sino que significa "un acuerdo internacional acerca de la naturaleza de los arreglos funcionales y acerca de los objetivos y métodos aceptables en política exterior... Un orden legítimo no vuelve imposibles los conflictos, pero limita el campo de los mismos. Habrá guerras quizá, pero se librarán **en nombre** de la estructura existente, y la paz siguiente se justificará como una expresión mejor del consenso general...".<sup>54</sup> En otras palabras, la legitimidad es el grado de consenso sobre la naturaleza del orden internacional, y los límites de la acción de los Estados dentro de ese orden. En la formación de ese contexto el papel determinante, por razones objetivas, deben jugarlo las potencias principales. Lo contrario de un orden "legítimo" es un orden revolucionario; en este último tipo de orden no se buscará el ajuste de las diferencias **dentro** de un sistema dado, sino que se pondrá en tela de juicio el **sistema mismo**. Existe un orden internacional "legítimo" cuando los Estados tratan de negociar sus diferencias, limitar sus conflictos, y alcanzar compromisos, dentro de un cierto contexto básico de relaciones. En cambio, tenemos un orden "revolucionario" cuando existen una o varias potencias tan insatisfechas o ambiciosas que aspiran alterar en forma radical el marco básico de relaciones, a destruirlo y sustituirlo por otro diferente. El "orden" creado mediante el Tratado de Versalles en 1918 colocaba a Alemania en una situación tal que inevitablemente, la forzaba a buscar su eliminación; Hitler y los nazis subieron al poder, en base a la denuncia de la "ilegitimidad" de ese orden. Por el contrario, el orden creado en el Congreso de Viena, al finalizar las guerras Napoleónicas, y promovido fundamentalmente por Mettemich y Castiereagh, creó un equilibrio de fuerzas, **un balance de poder**, que no dejaba sustancialmente insatisfecha a ninguna gran potencia, y que trataba de controlar las ambiciones de todas.

---

52.H.A. Kissinger: "**American Foreign Policy**", ob. cit. pp. 57, 300.

53.H.A. Kissinger: "**Un Mundo Restaurado**", ob. cit. p. 11.

54.Ibid, p. 12.



Crear un equilibrio de poder no significa alcanzar la paz universal, sino simplemente lograr un "armisticio tolerable", establecer un código de **conducta** que posibilite la limitación de los conflictos y la negociación de los antagonismos. En un orden estable los Estados no alcanzan la "seguridad total"; ésta es una meta imposible, y es un hecho que la inseguridad es tan endémica a un sistema de Estados soberanos como la mortalidad a la vida del individuo: "El fundamento de un orden estable es la seguridad **relativa** -y por lo tanto la inseguridad **relativa**- de sus miembros. Su estabilidad no refleja la ausencia de reclamaciones insatisfechas, sino la ausencia de una insatisfacción de tal magnitud que se busque el remedio en la destrucción del arreglo antes que mediante un ajuste dentro del marco del mismo".<sup>55</sup> La **seguridad absoluta** de un Estado significaría la **inseguridad absoluta** de **todos** los demás. En cuanto a este problema, la diferencia entre un orden legítimo y un orden revolucionario estriba en que, en el primer caso, los asuntos de seguridad mutua se manejan en forma controlada, y en el segundo caso, sin controles. El orden "legítimo" no busca la "justicia" ni la "perfección", más bien, trata de evitar la catástrofe. No impide la reforma, pero esto debe ser producto del orden, no de la voluntad.

Como estadista, Kissinger buscó generar un consenso básico que le permitiese constituir un orden "legítimo" aún en una época revolucionaria, y bajo las condiciones de tecnología militar y conflicto ideológico -político existentes. Para lograrlo, tenía que dar **tres** pasos fundamentales: en primer lugar, transformar la concepción predominante sobre la política exterior en su propio país, los Estados Unidos. En segundo lugar, adoptar una nueva actitud hacia los principales adversarios de Estados Unidos en la arena internacional: la Unión Soviética y China Popular. Por último, en tercer lugar, crear una red de contactos, compromisos, acuerdos y obligaciones que produjesen entre las principales potencias un consenso sobre la naturaleza y límites del orden.

El primer paso era quizás el más difícil de llevar a cabo, pues chocaba profundamente con la visión que el pueblo y las elites estadounidenses han tenido tradicionalmente de sí mismos y del rol de su país en el mundo: "Nuestro éxito -escribe Kissinger- nos convenció de que podíamos moldear el planeta de acuerdo a nuestros deseos. Nuestro poder nos daba un amplio margen de error, y nos hizo creer que podíamos avasallar los problemas con el enorme peso de nuestros recursos. Ninguna otra nación poseía tanta seguridad frente a tan diversas contingencias. En un período en que todo era aparentemente blanco o negro abrigábamos muy pocas dudas acerca de la validez de nuestra causa".<sup>56</sup> Las elites norteamericanas estaban acostumbradas a actuar dentro de la política exterior en base a objetivos "totales", contra enemigos "absolutos"; la mentalidad de "cruzada" había caracterizado la participación estadounidense en las dos guerras mundiales; la política exterior y la guerra eran vistas y sentidas "proféticamente", con espíritu de "conquistadores", y como caminos para lograrlo "todo o nada". El compromiso, la limitación de objetivos, el autocontrol, la flexibilidad política, la aceptación de que la guerra entre Estados no es una cruzada moral sino un instrumento político, eran rechazados en base a un

---

55. Ibid, p. 190.

56. H.A. Kissinger: "**American Foreign Policy**", ob. cit. p. 202.

ideología cuyo "puritanismo" sólo era comparable a la magnitud del poderío que le respaldaba.

Luego del fin de la Segunda Guerra Mundial, con el advenimiento de la "guerra fría", los Estados Unidos se hallaron frente a un nuevo "enemigo absoluto". Más la invención de las armas de destrucción masiva y su pronta adquisición por parte de la Unión Soviética, habían colocado a Estados Unidos - por primera vez- ante el riesgo de un devastador ataque directo. En las nuevas condiciones la guerra total se convertía en un instrumento político irracional, cuya implementación podía conducir al suicidio mutuo. La aceptación de esta realidad no era fácil para los gobernantes y elites militares norteamericanas: "La renuncia a la victoria total -decía Kissinger en 1957- es repugnante para nuestro pensamiento militar, con su énfasis en la destrucción de la voluntad de resistencia del enemigo... Debido a que hemos pensado sobre la guerra en términos morales más que en términos estratégicos, hemos identificado la victoria con la impotencia física del enemigo. Pero si bien es cierto que un poder es capaz de imponer su voluntad privando al enemigo de los recursos para resistir, tal camino es muy costoso y no siempre necesario... La fuerza militar decide la contienda física pero los **fines políticos** determinan el precio a ser pagado y la intensidad de la lucha... En lugar de ser la forma 'normal' de los conflictos la guerra total constituye un caso especial. Ocurre como consecuencia de una abdicación del liderazgo político, o cuando el cisma entre los oponentes es tan hondo que la destrucción del adversario aparece como el único objetivo por el cual vale la pena combatir . El "enemigo comunista" se presentaba como un "enemigo absoluto", pero aunque se quisiese, era políticamente irracional pretender destruirlo" pues los **riesgos** eran excesivos, y los **costos** insostenibles. El concepto de "victoria total" perdía su significado en la era nuclear; el precio del sometimiento del enemigo podía ser el suicidio propio; la "cruzada ideológica" no podía traducirse en los términos militares del pasado, y los Estados Unidos tenían que aprender que las otras potencias no son factores que deban ser manipulados sino fuerzas que deben ser conciliadas".<sup>58</sup>

En estas nuevas condiciones era indispensable encontrar una relación distinta entre la estrategia, la política y la diplomacia, que permitiese trasladar el poder a objetivos políticos y que impidiese una paralización de la voluntad. En la era nuclear, el presupuesto estratégico de la guerra total y los objetivos absolutos es paralizador; la mentalidad de "todo o nada" conduce a un callejón sin salida; sólo a **flexibilidad** político-estratégica posibilita actuar con eficacia en la escena mundial. El gran aporte de Kissinger a la diplomacia norteamericana fue argumentar, con una coherencia y una lucidez irresistibles que en la era nuclear existía una alternativa a los objetivos totales. los objetivos **intermedios** o **limitados**. La guerra no ha desaparecido en nuestro tiempo; aún las grandes potencias pueden hacerla en función de sus fines políticos, pero en forma **limitada**, sustituyendo la victoria total" por la paz negociada en la crisis. Dentro de la más pura tradición clausewitziana, Kissinger sostuvo que .el momento de la

---

57. H.A. Kissinger: "**Nuclear Weapons and Foreign Policy**", ob. cit. pp. 104-105.

58. H.A. Kissinger: "**Un Mundo Restaurado**", p. 414.

**fuerza**, el cual ya no se identifica con la violencia absoluta sino con la vio encía **controlada** no deja de ser un momento **político** ni quiebra el intercambio diplomático Ya Clausewitz lo había dicho en el siglo XIX: la guerra tiene su origen en la interrelación y el intercambio entre gobiernos y naciones, pero usualmente se supone que ese intercambio es roto por la guerra surgiendo así un estado de cosas totalmente diferente y sujeto a sus propias leyes... Sostenemos, por el contrario, que la guerra es **la continuación del intercambio político**, con una mezcla de otros medios. Decimos esto para enfatizar que ese intercambio no termina al comenzar la guerra, sino que en su esencia continúa existiendo.<sup>59</sup>. La guerra no puede separarse de la política, y en nuestro tiempo, un poder que inspire su estrategia en la guerra total (como ocurrió en Estados Unidos hasta principios de los años 60), o bien se condena a la pasividad, o bien (como en el caso de Corea) encuentra graves dificultades para comprender la naturaleza de los conflictos limitados. Kissinger no vaciló en sostener que la guerra limitada, aún nuclear, es posible en nuestros días; en el caso de las superpotencias, claro está, los riesgos de una posible **escalada** de la violencia son muchísimo más graves, de allí la importancia suprema que en el contexto nuclear tiene el control político.

El gran designio de Kissinger, la idea central de la obra que le dio a conocer el gran público, fue devolver a la diplomacia su margen operativo mediante el establecimiento de una acertada relación entre el uso o la amenaza de la fuerza y los objetivos políticos del Estado. Los Estados Unidos, como gran poder, no debía pretender resolver todos los conflictos por la fuerza, más tampoco debía cerrar por entero la opción militar, lo cual daría enorme ventaja a sus adversarios. El realismo estratégico exige la coexistencia y colaboración de la fuerza y la negociación, de la estrategia, la política y la diplomacia en función de objetivos limitados. La **amenaza** de guerra total, por otra parte, continúa jugando un papel: no es ya la inspiradora de la estrategia nacional, sino el eje de la **disuasión** entre las superpotencias, el factor que define los límites en sus relaciones y que marca un umbral. La amenaza de guerra total sirve para impedir la, haciendo de ese curso de acción algo políticamente irracional.

Desde luego, sería exagerado atribuir exclusivamente a Kissinger los logros obtenidos por la crítica a la estrategia y la mentalidad de "guerra total". Fueron varios los autores y hombres públicos que en los años 50 y la década siguiente hicieron avanzar a pasos acelerados el pensamiento estratégico en Estados Unidos. No obstante, la obra de Kissinger **Nuclear Weapons and Foreign Policy** (junto con la de Robert Osgood: **Limited War**) tuvo una influencia decisiva en ese proceso. No hay que perder de vista que en la atmósfera de "guerra fría" de la época, en los días del "Sputnik", Berlín, Hungría y Suez, el antidogmatismo de Kissinger era toda una novedad. Kissinger "(cancelaba)... las motivaciones tradicionales de la política exterior norteamericana. La guerra total con el objetivo de una victoria total no era más que el corolario del concepto de 'guerra justa' y se situaba en la perspectiva maniquea de la Cruzada, de la lucha

---

59. Kari Von Clausewitz: "**On War**", Penguin Books, Harmondsworth, 1974, p. 402.

entre las fuerzas del mal y las fuerzas del bien, entre la tiranía y la libertad, entre la democracia y la opresión...".<sup>60</sup> La empresa Kissinger podría definirse, un tanto retóricamente, como la "superación del maniqueísmo" dentro de la política exterior norteamericana; la introducción de un juego más flexible, de una diplomacia más pragmática, menos rígida, menos sujeta a los dogmas de un profetismo político que en la era nuclear sólo podía entrañar graves riesgos para la humanidad. En 1976, ya como Secretario de Estado, Kissinger continuaba insistiendo en lo mismo: "Debemos aprender a conducir la política exterior como otras naciones lo han tenido que hacer por muchos siglos: sin escapatoria y sin respiro, con el 1 conocimiento de que lo que es alcanzable no satisface plenamente nuestro ideal, convencidos sobre las exigencias de la autopreservación, conscientes de que el ímpetu de nuestro propósito nacional 'tiene sus límites. Esta es una nueva experiencia para los norteamericanos, que suscita la nostalgia por un pasado más simple...".<sup>61</sup> Los Estados Unidos debía aceptar que, aún siendo un superpoder, no era el único en el mundo: que la superioridad estratégica norteamericana había dado paso aun balance estratégico con la URSS; que su predominio político y económico había disminuido en tanto que Europa Occidental y Japón aumentaban el suyo; que la economía norteamericana se hacía cada vez más dependiente de la economía mundial; y, en fin, que el margen de seguridad estadounidense se había reducido. Entender esto y aceptarlo no era una receta para la parálisis, sino un camino para comprender que la era nuclear no sólo ofrece riesgos sino también **oportunidades**; lo importante es saber **qué tipo** de oportunidades, y hasta dónde es posible llegar. Como Bismarck, en otro tiempo, Kissinger comprendió que una acertada evaluación del poder debía llevar a una doctrina de autolimitación: "Vietnam -expresó Kissinger en 1977- fue una catarsis. Nos enseñó que nuestro poder, aunque muy grande, es finito; que nuestra influencia, aunque es crucial, puede ser efectiva sólo si entendemos nuestras prioridades y el mundo en que vivimos".<sup>62</sup> Con estas frases, hablaba el estudioso de Spengler y de Toynbee, el historiador consciente de la decadencia de las civilizaciones y de la finitud de lo humano.

El segundo paso del proyecto de Kissinger estaba orientado hacia los principales adversarios de Estados Unidos en la escena internacional: la Unión Soviética y China Popular. Para precisar con mayor claridad en qué consistió el cambio de visión de Kissinger es importante comprender qué es una "potencia revolucionaria" y qué significa una 'situación revolucionaria". Según Kissinger, el rasgo distintivo de una "potencia revolucionaria" no es que se sienta amenazada, sino que nada puede tranquilizarla: "Sólo la seguridad absoluta -la neutralización del oponente- se considera una garantía suficiente, y por lo tanto el deseo i de una potencia de contar con una seguridad absoluta significa la inseguridad absoluta para todas las demás".<sup>63</sup> La búsqueda de "seguridad absoluta" es lo que produce una "situación revolucionaria". Ahora bien, Kissinger asumía para el

---

60. L. Garruccio: ob. cit. p. 31 (Véase también: pp. 25, 29).

61. H.A. Kissinger: "**American Foreign Policy**", ob. cit. p. 302.

62. Conferencia de H.A. Kissinger en la Universidad de Nueva York, Septiembre de 1977.

63. H.A. Kissinger: "**Un Mundo Restaurado**", ob. cit. p. 12.

para momento de publicar **Nuclear Weapons and Foreign Policy** (1957) y hasta algunos años después, que la URSS y China eran "potencias revolucionarias". No obstante, la lógica de su propio argumento tenía que llevarle a darse cuenta de que también una potencia del "status", un poder "conservador", como Estados Unidos, podía por su actitud hacia el problema de seguridad producir una "situación revolucionaria". Lo que caracterizaba el período de "guerra fría" era que todas las grandes potencias, tanto aquellas que proclamaban su voluntad de subvertir el orden como aquellas que procuraban sostenerlo, estaban generando por su actitud "absolutista" un orden "ilegítimo" o "revolucionario". Para cambiar este panorama era entonces necesario romper el hielo entre las potencias, propiciar un acercamiento que a su vez llevase al diálogo y a acuerdos de respeto mutuo que aminorasen los temores de cada cual.

La "Crisis de los Cohetes" de 1962 aceleró el proceso de acercamiento entre Estados Unidos y la URSS, y una vez que Kissinger llegó al poder con la primera Administración Nixon (1969), se encargó de promover la apertura hacia China y de colocar la "detente" o relajación de tensiones como prioridad número uno de la política exterior norte-americana.

El tercer paso de su proyecto político-diplomático consistía en crear una red de acuerdos y compromisos que "legitimasen" definitivamente el orden, estableciendo límites a la acción de las potencias y controles sobre el uso de la fuerza. Más ya para el momento de llevar a la práctica este objetivo, la visión de Kissinger sobre la naturaleza de la URSS y China como potencias había experimentado una significativa transformación. Para explicarla, hay que plantearse la siguiente pregunta: ¿qué tipo de orden "legítimo" pretendía construir Kissinger? ¿se trataba de un sistema como el inaugurado por Metternich o de un modelo de orden "bismarckiano"? La diferencia es crucial, ya que el "balance de poder" establecido en el Congreso de Viena bajo la inspiración de Metternich se fundamentaba en una filosofía y una práctica contrarrevolucionarias compartidas por **todas** las potencias. La "Santa Alianza" era de hecho un baluarte común frente a la revolución europea. En cambio el "equilibrio de fuerzas" instaurado por Bismarck carecía de ese fundamento ideológico común: "Durante los cuarenta años que siguen a Waterloo -escribe Chace- las grandes potencias temen sobre todo a la revolución, mientras que en los cuarenta años siguientes sentían simplemente espanto una de otra".<sup>64</sup> El "sistema Metternich" pretendía ser más que un balance de poder, y cimentarse en una actitud común; el "modelo de Bismarck", de otro lado, era un precario "equilibrio de fuerzas" en tensión. Para Garruccio, el nuevo equilibrio de fuerzas kissingeriano "al igual que el sistema de Bismarck, no trata de sofocar las

---

64. J. Chace: 'Kissinger & Bismarck, Encounter, Junio 1974.

tensiones en nombre de una filosofía común, sino de circunscribirlas en nombre de un interés común".<sup>65</sup> En otras palabras, en vista de las grandes diferencias entre la URSS y China como "poderes revolucionarios" por un lado, y Estados Unidos como "poder conservador" por otro lado, el "modelo" de Kissinger sólo podía funcionar como balance de poder, en base a acuerdos muy limitados.

Sin embargo, esta perspectiva convencional no agota el proyecto de Kissinger, y no es exagerado afirmar que para el momento de poner en práctica su proyecto de "legitimizar" el orden interraccional contemporáneo, Kissinger **había dejado de ver a la URSS como una potencia revolucionaria** y estaba dispuesto a apostar al fondo esencialmente **conservador** del poder soviético.

En efecto, la así llamada "doctrina Brezhnev" es la expresión de un legitimismo supranacional "que recurre al internacionalismo proletario al igual que Mettemich recurría a la solidaridad de los tronos".<sup>66</sup> Luego de alcanzar "paridad estratégica" con los Estados Unidos, y habiendo solidificado, al menos formalmente, su dominio sobre los países de Europa del Este, la Unión Soviética ha dejado de ser una verdadera "potencia revolucionaria". La URSS es un Estado que se siente débil interiormente, la mentalidad de sus dirigentes es fundamentalmente defensiva, y viven acosados por el temor de una progresiva desintegración **interna** de su vasto imperio. Esta es de hecho la percepción subyacente a la actividad de Kissinger como estadista entre 1969 y 1977. La misma apertura hacia China corresponde al proyecto de transformar un mero "balance de poderes" en un "concierto de poderes" que implica el surgimiento de convenciones, presuposiciones e intereses comunes a partir de una actitud básicamente satisfecha en cuanto a los intereses vitales de cada poder se refiere.

Desde luego, no sería justo atribuir a Kissinger el deseo de reproducir en condiciones tan diferentes el "sistema de Mettemich"; no hay que perder de vista, además, que Kissinger no es propiamente un entusiasta aerífico del gran diplomático austríaco. No obstante, Kissinger reserva sus principales críticas a Bismarck, pues como explica Garrucció, el "sistema bismarckiano", al subordinar la seguridad de los demás países a la seguridad germánica "incitaba a formar constantemente nuevas coaliciones antigermanas y simultáneamente no estaba en condiciones de absorber las crisis y las tensiones internacionales al carecer de flexibilidad. La visión egocéntrica del imperio de los Hohenzollem bloqueaba cualquier modificación del sistema por vía de negociaciones, no podía ser aceptada universalmente, careciendo por tanto de legitimidad".<sup>67</sup> Bismarck, dice Kissinger, "proponía fundar el Concierto de Europa en cálculos concretos de poder; cuando entraban en conflicto con el orden existente, éste debía ceder o ser derribado".<sup>68</sup>; la inseguridad de tal modelo, que preservaba el equilibrio gracias esencialmente a la visión política y la destreza diplomática de un gran hombre, pero que carecía de cimientos institucionales y compromisos "morales"

---

65» L. Garrucio: ob. cit. p. 128.

66. Ibid, p. 66.

67. Ibid, p. 34.

68. ,H.A. Kissinger: "The White Revolutionary", ob. cit. p. 909.

más sólidos, no se corresponde al proyecto contemporáneo kissingeriano. Por ello, es posible afirmar que el proyecto político de Kissinger se acerca más al "modelo" de Mettemich que a la estructura de fuerzas en tensión bismarckianas.

La tarea de Kissinger fue transformar el balance **bilateral** de poder alcanzado ya en los años 50 entre Estados Unidos y la URSS en un balance **triangular**, que incluya a China, y sea más viable y flexible, manteniendo ese balance como la infraestructura de un **concierto de poderes** que no cesan sus enfrentamientos (ejemplo: el conflicto chino-soviético), pero que tampoco están interesados en promover alteraciones radicales del orden existente. La estrategia clave de Kissinger fue la "detente" o "distensión", desplegada como un instrumento para el manejo y control de las relaciones entre poderes adversarios, la Unión Soviética, China y Estados Unidos, con este último actuando como "eje" de la balanza, provisto de la flexibilidad para "virar" hacia un lado u otro de acuerdo a las circunstancias.

Diversas alocuciones de Kissinger como Secretario de Estado ponen en evidencia su esperanza de estimular las tendencias conservadoras y el deseo de auto-preservación de la URSS y China, y lograr así el consenso requerido para la "legitimidad": "Al adquirir su parte en esta red de relaciones con Occidente -expresaba Kissinger en 1974- la Unión Soviética puede hacerse más consciente de lo que perdería con un regreso a la confrontación. Tenemos la esperanza de que la URSS desarrollará interés en promover todo el proceso de relajación de tensiones".<sup>69</sup> En un contexto internacional en que funcione la "detente" se obtiene la meta fundamental de Kissinger, que no fue crear una diplomacia de la restauración, sino **restaurar la diplomacia**.

## 5. LA ACCIÓN DIPLOMÁTICA

*"Debido a que no habían entendido la magnitud del peligro, no podían comprender la naturaleza del éxito.*

*H.A. Kissinger*

Una política de la moderación, el autocontrol y el compromiso siempre se verá atacada por radicales de uno u otro bando. Algunos, los así llamados "aguiluchos", amantes de las frases heroicas y de la retórica hueca, la acusarán de "masedumbre", de "vía franca para hacer concesiones al adversario", y poco se referirán a los riesgos que esa política trata de aminorar y a los costos que intenta evitar. Otros, las "palomas", la juzgarán con criterios lo más alejados posibles de las realidades del poder, y la atacarán por no haber alcanzado unos "standars" éticos que de hecho esa política jamás se propuso lograr. Domesticar

---

69. H.A. Kissinger: "**American Foreign Policy**", ob. cit., p. 150.

el poder y controlar los objetivos es una tarea de equilibrio, y como tal exige gran seguridad en quien la lleva a cabo, así como un propósito claramente definido. Kissinger, como principal arquitecto de la "detente", manejó con habilidad ambos instrumentos.

Los orígenes de la "detente" no podían ser más evidentes; después de la Segunda Guerra Mundial, el problema central de seguridad para los Estados Unidos ha sido comprender y manejar los diversos retos planteados por una super potencia emergente: la Unión Soviética. "Esta condición —manifestó Kissinger en 1976— no desaparecerá, y quizás nunca serán conclusivamente 'resuelta'. Tendrá que ser enfrentada por cada nueva Administración en el futuro previsible".<sup>70</sup> La "detente" fue, sin duda alguna, la más importante de las estrategias diplomáticas de Kissinger, pues se convirtió en el medio empleado para "forcejear" creativamente con el factor de mayor impacto dentro de la balanza de poder mundial en los últimos años: la conquista de "equivalencia esencial" en poderío militar por parte de la URSS con respecto a Estados Unidos. Hasta mediados de los años 60, la Unión Soviética ocupaba aún una posición relativamente subordinada en cuanto a su poderío nuclear y la calidad de su tecnología bélica en otros terrenos; por esto, los Estados Unidos pretendían "imponer" las reglas del juego internacional, y el diálogo no era posible. El enorme esfuerzo en materia militar realizado por los soviéticos, que se dio mientras se consumaba la debacle norteamericana en Vietnam, cambió la situación, y ya a principios de los años 70 la URSS no sólo había "alcanzado" sino que comenzaba a sobrepasar a Estados Unidos en algunos de los campos más significativos del poder militar. En tales condiciones, una política basada en la confrontación y dirigida a silenciar al adversario era irresponsable o ilusoria. Se hacía necesario encontrar una nueva y más sutil combinación entre la fuerza, la política y la diplomacia. La nueva estrategia tendría que hallar un equilibrio entre la amenaza de confrontación y la posibilidad del compromiso. Kissinger la definió así: "detente es un medio para regular una relación competitiva... buscamos impedir que la Unión Soviética transforme su poderío militar en expansión política. Al mismo tiempo buscamos resolver los conflictos y disputas a través de la negociación, y fortalecer los incentivos para la moderación expandiendo el área de relaciones constructivas".<sup>71</sup>

Vale la pena insistir en torno a la concepción kissingeriana de la "detente", pues se verá hasta qué punto el ex-Secretario de Estado norteamericano confiaba en estimular, mediante la negociación y el establecimiento de diversos tipos de vínculos, un comportamiento "no-revolucionario" por parte de la URSS. En una importante conferencia dictada en Londres, en junio de 1976, Kissinger dijo lo siguiente: "Nuestra generación ha sido traumatizada por la Segunda Guerra Mundial, pues recordamos que la guerra estalló como resultado de un desbalance de poder. No debemos olvidar esta lección. Pero tampoco deberíamos olvidar la lección de la Primera Guerra Mundial, cuando la guerra

---

70. Ibid, p. 304.

71. Ibid, pp. 209, 395.



estalló a **pesar** de un equilibrio de poder. **Una estructura internacional que se mantiene unida sólo por un balance de poder sucumbirá tarde o temprano a la catástrofe.** En nuestro tiempo esto podría significar el fin de la vida civilizada. Debemos por tanto conducir una diplomacia que impida en lo posible los desafíos, o los contenga en niveles tolerables si se hacen inevitables; una diplomacia que resuelva los problemas, estimule el autocontrol, y **construya una cooperación basada en el interés mutuo**".<sup>72</sup> (Subrayado A.R.) Es decir, como se trató de mostrar en la sección anterior, la "detente" busca un consenso sobre la naturaleza del orden y no meramente un equilibrio de fuerzas; sin la participación soviética, ese consenso no puede existir.

Los elementos que configuran el proceso de "detente" fueron concebidos por Kissinger así: elaboración y aceptación de principios básicos; discusiones políticas para afrontar problemas prioritarios y alcanzar acuerdos cooperativos; relaciones económicas, y, finalmente, negociaciones sobre control de armamentos, en particular armamentos estratégicos. Los "principios básicos" debían reflejar la aceptación de obligaciones mutuas, la necesidad de los compromisos y del autocontrol. Para Estados Unidos la "detente" implica el abandono de ese "globalismo indiferenciado", que predominó hasta los tiempos de Kennedy y Johnson y que llevó al primero a proclamar en su mensaje inaugural como Presidente: "Sepan todos los países, tanto los que nos quieren como los que nos odian, que pagaremos cualquier precio, que cargaremos con cualquier peso, afrontaremos cualquier obstáculo, apoyaremos a cualquier amigo y nos opondremos a cualquier enemigo para asegurar la supervivencia y el éxito de la libertad". Fue este "profetismo" el que llevó a Vietnam y ha inspirado —a veces con propósitos menos "altruistas"— el intervencionismo norteamericano de la post-guerra. Kissinger podría haber dicho de las frases de Kennedy: "bella retórica, pero demasiado peligrosa". Por otra parte, la "detente" requiere de los soviéticos una actitud "no-revolucionaria". La URSS es un gran poder emergente; sus ambiciones no van a desaparecer, pero deben ser controladas. De lo contrario, se acrecentarán enormemente los riesgos de guerra y de catástrofe.

Kissinger vio la "detente" como el único camino sensato dadas las características del sistema internacional contemporáneo; por ello, fue usualmente muy poco tolerante con sus críticos, a los cuales exigía que respondiesen estas preguntas: "Cuál es la alternativa que proponen? ¿Qué políticas en concreto quieren que cambiemos? ¿Están preparados para una situación prolongada de peligro internacional que crezca dramáticamente? ¿Quieren retornar a las constantes crisis y elevados Presupuestos militares de los tiempos de guerra fría? ¿Acaso la detente estimula la represión o es ella la que ha generado el fermento de apertura que ahora contemplamos? ¿Podemos pedirle a nuestro pueblo que apoye la confrontación a menos que sepan que todas las alternativas razonables han sido exploradas?".<sup>73</sup> Lo cierto es que si se va a los resultados y se compara al mundo como era a finales de 1968 y luego a fines de 1976 los logros de Kissinger como la figura dominante de la diplomacia occidental durante esos

---

72. Ibid, pp. 395, 396.

73. Ibid, pp. 208, 209.

8 años lucen en muchos casos verdaderamente impresionantes. En 1968 los Estados Unidos vivían una de sus peores crisis internas a consecuencia de la guerra de Vietnam, mientras sus aliados y numerosos países del Tercer Mundo acentuaban las críticas contra la intervención norteamericana. Las relaciones con la URSS atravesaban un momento difícil luego de la invasión soviética a Checoslovaquia y como resultado del apoyo prestado a los vietnamitas. Las relaciones con China no se habían movido del punto de mutua hostilidad e incompreensión en que estaban desde 1949. No se habían hecho esfuerzos significativos para el control de armamentos nucleares o convencionales (sobre todo en el teatro militar europeo). Se veían muy escasas probabilidades de promover efectivos arreglos diplomáticos en el Medio Oriente, y la influencia soviética en el mundo árabe tendía a aumentar.

Ocho años más tarde, el Presidente Cárter "heredó" un mundo en **comparación** luce mucho menos crítico. Las relaciones con la URSS un asunto clave para la "relajación de tensiones", han experimentado una notable mejoría. Kissinger abrió uno de los capítulos mas importantes del diálogo nuclear con los soviéticos, impulsado por el convencimiento de que: "No hay tarea más urgente que la de dominar el rápido cambio tecnológico a través del cual las armas pueden superar la capacidad de control político".<sup>74</sup> Con los acuerdos SALT se ha "frenado" hasta cierto punto la carrera armamentista nuclear, sin que los Estados Unidos hayan sacrificado en las negociaciones la estabilidad estratégica, única garantía de la disuasión. Por otro lado, la apertura hacia China ha infundido gran flexibilidad y nuevas perspectivas a la diplomacia norteamericana. Para 1976, el panorama político del Medio Oriente había cambiado en forma acelerada, y de ser un área en la cual la influencia soviética parecía en ascendencia, pasaba nuevamente —en líneas generales— "a manos" de la diplomacia norteamericana. Aún en el terreno económico, que no era propiamente su especialidad, Kissinger se movió muchas veces con destreza en defensa de los intereses del mundo capitalista industrializado, conteniendo las demandas tercermundistas en el "diálogo Norte-Sur", promoviendo la unidad de las naciones capitalistas avanzadas en reuniones como las de Rambouillet y Puerto Rico, y erosionando la unidad de la OPEP a través de maniobras económicas y políticas. En suma, como dice Coral Bell, como manipulador de crisis y conservador del poder por parte de Occidente, "Henry Kissinger parece haberse ganado ampliamente su salario como Secretario de Estado".<sup>75</sup> Desde luego, la sola mención de esos logros no implica su aprobación en todos los casos; también hay que tomar en cuenta que sin el apoyo de Nixon como Presidente, Kissinger no habría podido promover esas iniciativas; más lo cierto es que llegó un momento en que, por convicción o por necesidad (a raíz de la crisis de Watergate), Nixon se hizo más "kissingeriano" que el propio Kissinger.

---

74. H.A. Kissinger: Rueda de Prensa, 27 - XII - 73.

75. Véase: C. Bell; "Kissinger in Retrospect", *International Affairs*, Vol. 53 No 2 April 1977 pp. 203,205.

“Juzgar” a un estadista no es tarea fácil, aún si se utilizan exclusivamente criterios pragmáticos y se deja de lado la dimensión ética. Una de las más cruciales y —por diversas razones— criticadas acciones de la Administración Nixon-Kissinger en política exterior fue llevar a cabo en la forma en que lo hicieron la "salida" de los Estados Unidos de Vietnam. Los Estados Unidos jamás debió haber intervenido en Vietnam, pero para el momento en que le tocó a Kissinger deshacer los errores de sus predecesores, ya el compromiso norteamericano en Asia del Sudeste era tan profundo, que el proceso de romperlo y retirarse tenía necesariamente que conllevar serios costos para todas las partes en lucha. Kissinger se trazó una estrategia para sacar a Estados Unidos de Vietnam; esa estrategia se movía entre los cuernos de un dilema: la necesidad de salir versus la necesidad de minimizar los costos de hacerlo. El programa de Kissinger rechazaba las dos opciones extremas: por un lado, la vía de la "victoria total" tendiente a mantener a toda costa el régimen anticomunista en Vietnam del Sur; y por otro lado, la vía de la rendición sin condiciones planteada por los que exigían una retirada unilateral, no-negociada, de las tropas norteamericanas. El intento de materializar la primera solución se había mostrado impracticable políticamente, provocando una grave crisis interna en Estados Unidos. Kissinger estaba convencido de que había que salir de Vietnam, pero minimizando los costos políticos. Una retirada unilateral y sin condiciones derrumbaría la credibilidad de las promesas y compromisos norteamericanos en el mundo, debilitando seriamente la política exterior de Estados Unidos y abriendo mayores posibilidades al "espíritu de aventura" de otras potencias. Kissinger buscó una solución intermedia a través de la diplomacia, tratando de ganar tiempo para el proceso de "vietnamización" cuyo objetivo era hacer del ejército de Vietnam del Sur una fuerza capaz de sostenerse por sí sola al menos durante un período. Podría decirse que el objetivo de Kissinger era sacar a Estados Unidos de Vietnam sin dar la impresión de que estaba "abandonando" al régimen de Thieu. Hay muchos indicios que señalan que Kissinger —quien aprendió a respetar la tenacidad de sus adversarios vietnamitas— no confiaba en la supervivencia a largo plazo del corrupto e ineficaz gobierno de Vietnam del Sur; no obstante, trató de ganar un "intervalo decente" que le permitiese a ese régimen mantenerse durante un tiempo, y que ocultase un tanto la humillación sufrida por Estados Unidos. Existen estadistas que dan poca importancia a los aspectos psicológicos del poder, pero, dijo Kissinger en un famoso artículo de 1969: "Si bien está de moda ridiculizar términos como "credibilidad" y "prestigio", éstas no son frases vacías; otras naciones armonizarán sus acciones a las nuestras sólo si sienten que pueden contar con nuestra constancia".<sup>76</sup> La estrategia diplomática de Kissinger para extraer a Estados Unidos de Vietnam ocasionó grandes sufrimientos a los pueblos de la zona; el "intervalo decente" que buscaba fue seguramente mucho más corto de lo que había esperado, y no fue posible salvar el prestigio de Estados Unidos, tal vez ni siquiera amainar sustancialmente los costos políticos de esa derrota. Algunos podrán afirmar en

---

76. H.A. Kissinger: "The Vietnam Negotiations"; **Foreign Affairs**, Vol. 47, No. 2, January 1969, p.219

mitigación que las consecuencias de haber hecho las cosas de otra manera podrían haber sido todavía más graves a largo plazo. Dejando a un lado las especulaciones, habría que decir —en conclusión— que dadas las circunstancias a que se enfrentó Kissinger respecto a Vietnam, y dadas las exigencias de su diseño diplomático global, la estrategia escogida de objetivos limitados fue coherente con la estructura básica de la "detente", Kissinger actuó hacia Vietnam sin "furores abstractos", ubicando la crisis dentro de un contexto mundial y no solamente regional.

A mi modo de ver, la mayor conquista diplomática de Kissinger fue haber establecido un conjunto definido de **prioridades** para la política exterior norteamericana: la "detente" con la URSS y China; el control de armamentos estratégicos; el mantenimiento de las alianzas fundamentales (en especial la OTAN); el control de las crisis en áreas "grises" (como el Medio Oriente, África, etc.); la resolución progresiva del enfrentamiento Norte-Sur, etc. Puede que no se esté de acuerdo con esos objetivos, o con el orden en que los colocó Kissinger. Lo fundamental para la política exterior de su país (así como para la de cualquier otro) es que existían prioridades nítidamente delineadas, lo cual permitió concentrar recursos en las que se consideraban más relevantes y lograr coherencia en la acción. El significado final y la durabilidad de los logros de Kissinger dependen de muchos factores. Aquí nos concentraremos en algunos de ellos.

## 6. LAS LIMITACIONES DEL ARTÍFICE

*"El estadista sospecha de aquellos que personalizan la política exterior, porque la historia le demuestra la fragilidad de las estructuras que dependen de los individuos".*

*H. A. Kissinger*

Un proyecto político tan ambicioso como el de Kissinger tiene inevitablemente que presentar debilidades de una u otra índole. Esos puntos flacos pueden tener que ver con la concepción teórica misma o con la implementación práctica del proyecto. En el caso de Kissinger, tiene interés resaltar los siguientes aspectos: en primer lugar, su relativa falta de preocupación por los problemas económicos, que juegan un papel tan preponderante en el sistema internacional contemporáneo, y en particular por los problemas del Tercer Mundo; en segundo lugar, la escasa atención prestada por Kissinger al impacto de lo social sobre lo político en el mundo contemporáneo, y a la posibilidad del derrumbe de estructuras políticas a causa de revoluciones sociales; por último, en tercer lugar, la cuestión ética, que está ligada al problema de la validación interna, en la propia sociedad norteamericana, de su proyecto político.

Kissinger fue siempre reacio a enfrentarse a los serios problemas económicos que afectan al actual sistema internacional. Las razones tienen seguramente que ver con su poca competencia en ese terreno, así como con el hecho de que los problemas económicos no se avienen con facilidad a su estilo individualista. El reto planteado por el "arma del petróleo" durante la crisis de 1973 debe haberle tomado por sorpresa, y ciertamente la dureza de su reacción contra la acción

árabe es un indicio de hasta qué punto esa nueva "potencia revolucionaria", la "potencia petrolera", perturbaba los esquemas del artífice de la "detente". En un discurso de noviembre de 1974 Kissinger llegó a afirmar que "Los que tienen el poder financiero tratarán tarde o temprano de dictar los términos políticos de un nuevo contexto".<sup>77</sup>; todavía para ese momento el "sistema de Kissinger" no había sido capaz de absorber el reto, a través de una recomposición de las disputas regionales que anulase en rivalidades locales la carga "revolucionaria" externa de la "potencia petrolera". Lo cierto es que el área económica sólo se convirtió en foco de atención prioritario para Kissinger en los momentos en que se tradujo en problemas políticos urgentes. En relación a lo planteado en el "Diálogo Norte-Sur" Kissinger fue poco imaginativo, y tendió a restarle significación o a perderse en generalidades como las expresadas en una charla de 1976: "El Diálogo Norte-Sur ha sido poco armonioso Tácticas de presión y un énfasis en victorias retóricas en diversos foros han creado con frecuencia una atmósfera de confrontación Esas actitudes oscurecen la realidad de que el desarrollo es una empresa ardua y a largo plazo. Marchará hacia adelante sólo si ambos lados enfrentan los hechos sin ilusiones, abandonando la confrontación y el sentimentalismo".<sup>78</sup> El mínimo interés mostrado hacia las cuestiones económicas, y específicamente hacia los problemas del Tercer Mundo, queda sin duda como una de las más senas omisiones del "proyecto Kissinger".

En **Un Mundo Restaurado** Kissinger escribió que: "el verdadero conservador no se siente a gusto en la lucha social. Tratará de evitar el cisma insalvable, porque sabe que una estructura social estable no se nutre de los triunfos, sino de las conciliaciones".<sup>79</sup> El problema social en sus diversas dimensiones, la posibilidad de irrupción de las masas en la historia, trastocando estructuras y derribando los más preciados proyectos de "elites ilustradas" es algo que se encuentra extrañamente ausente de la visión de Kissinger. En general, la situación del pensamiento político contemporáneo se distingue por la declinación de las categorías políticas y el ascenso de las sociales y económicas; es un hecho que la filosofía política ha sido eclipsada por otras formas de conocimiento. En Kissinger por el contrario, hay un predominio de lo específicamente político por encima de lo social y económico. El orden internacional a que aspira sería el producto de la visión y el empeño de imaginativos estadistas, que construirían un marco de relaciones de poder y lo mantendrían en base a la destreza diplomática y la moderación política. Hechos como los recientemente ocurridos en Irán (1978-79) donde una rebelión de masas provocó finalmente la salida del Sha, uno de los autócratas aparentemente más poderosos y firmemente entronizados di mundo no "cuadran" en el esquema kissingeriano. De igual manera, la posibilidad de cambios internos en la sociedad soviética o en los países de Europa del Este (que podrían desembocar en una política exterior radicalizada), los conflictos internos en países africanos, el triunfo Allendista en Chile, los planteamientos económicos "tercermundistas", no tuvieron cabida en el marco conceptual trazado por Kissinger. Ante estas situaciones su

---

77. Citado por L. Garruccio: ob. cit. p. 211.

78. H.A. Kissinger: "**American Foreign Policy**", ob. cit. p. 402.

79. H.A. Kissinger: "**Un Mundo Restaurado**", ob. cit. p. 250

respuesta podía ser brutal (intervención en Chile e intento de intervención en Angola), o simplemente reveladora de incompreensión o indiferencia (frente a las reivindicaciones tercermundistas). Es evidente que Kissinger no se sentía a gusto enfrentando las cuestiones sociales, y es en este punto donde su moderación y su sentido de los límites daban paso a los instintos de un "conservador angustiado", conteniendo un futuro al que teme, aferrándose al presente por miedo a algo peor.

El interés sobre las cuestiones sociales y éticas se presenta bajo otro aspecto que tiene gran importancia en el caso de Kissinger: el problema de la **validación interna** de un proyecto político. El propio Kissinger había escrito que: "la prueba final de una política es su capacidad para obtener el apoyo interno"; para ello hay que "armonizarla con la experiencia nacional, que es un problema de desarrollo histórico".<sup>80</sup> Precisamente, Castiereagh y Metternich, figuras centrales en la formación intelectual de Kissinger, fueron vencidos en el terreno de la problemática política interna: Castiereagh porque la ignoró, no tomando en cuenta las peculiaridades de la tradición histórica británica; y Metternich porque fue demasiado consciente de la vulnerabilidad del andamiaje social austríaco, impidiendo por todos los medios cualquier cambio que pudiese dar inicio a un ciclo de derrumbamiento. Kissinger, por su parte, dio un fuerte viraje al estilo y los contenidos de la política exterior norteamericana, pero no se puede estar seguros acerca de la durabilidad de ese "giro" debido a las dificultades que la sociedad y el sistema político norteamericanos tienen para asimilar un proyecto y una estrategia de ese tipo.

En **La Democracia en América**, de Tocqueville afirmó que "en la dirección de los intereses exteriores de la sociedad", los gobiernos democráticos resultaban "decididamente inferiores" a los demás. Tal inferioridad se debe a que "la política exterior no exige el uso de casi ninguna de las cualidades que son propias de la democracia", pero en cambio plantea requerimientos que esta forma de gobierno difícilmente puede satisfacer. En una democracia hay "poca capacidad de coordinar todos los detalles de una gran empresa, resolverse a un proyecto y seguirlo obstinadamente a través de todos los obstáculos". Por ello, podría concluirse, una democracia se ve en franca desventaja frente a regímenes centralizados y autoritarios si pretende conducir su política exterior de acuerdo a las prescripciones de su propia fórmula política básica.<sup>81</sup> La acción diplomática de Kissinger, y su comportamiento como alto funcionario dentro del sistema político estadounidense, chocó en numerosas ocasiones con esa "fórmula básica" de una democracia que exige supervisión, equilibrio y comunicación entre los poderes, y la mayor participación posible en la toma de decisiones de aquéllos que están constitucionalmente investidos para hacerlo. Apartando por ahora todo comentario en torno a lo planteado por de Tocqueville -lo cual es altamente discutible-, lo cierto es que Kissinger

---

80. Ibid, p. 415.

81. Alexis de Tocqueville: "**La Democracia en América**", FCE, México, 1971, pp. 239, 240.

pareció inspirarse en esas ideas en el transcurso de su actuación como Asistente Presidencial en Asuntos de Seguridad y Secretario de Estado. Durante su período en la Casa Blanca, Kissinger estuvo prácticamente libre del control del Congreso; en el primer período de Nixon, virtualmente tomó en sus manos las funciones de negociación que usualmente son materias del Secretario de Estado, y hubo momentos en que su equipo de apoyo personal llegó a contar con más de 100 profesionales. Como jefe de un comité interdepartamental de revisión y control de políticas, Kissinger controlaba a través de diversos comités el funcionamiento de todo el aparato de política exterior. Los comités bajo Kissinger incluían el Grupo Especial para Vietnam, el Comité de los 40 (para las actividades secretas), el Panel de Verificación (encargado de SALT), el Grupo de Evaluación (para la coordinación de inteligencia), el Grupo de Washington para Acción Especial (control de crisis), y el Comité de Subsecretarios (para las operaciones gubernamentales).

Es indudable que con esa gran acumulación de poder Kissinger logró acelerar muchas de sus iniciativas, a veces positivamente, superando obstáculos burocráticos y removiendo el anquilosamiento mental de individuos y organizaciones; pero con ello también contribuyó a inflar esa "Presidencia Imperial" y el poder de un ejecutivo que recibió sus primeros embates con la crisis de Watergate. La democracia norteamericana tenía que reaccionar eventualmente contra esta concentración de poder y contra la "diplomacia secreta". A pesar de que los logros exteriores de Kissinger deslumbraban a la prensa, y aún cuando con su maestría ante los medios de comunicación cautivaba al norte-americano medio, el estilo de Kissinger y su "realpolitik" no armonizaban adecuadamente con la cultura política estadounidense, que necesita vitalmente una ideología "idealista" como bandera de su política exterior. La aprobación interna inicial que ha recibido el "populismo ideológico sureño" de Cáster proyectado hacia el exterior, es una prueba de lo escasamente asimiladas que fueron las lecciones de Kissinger en su propio medio político. El pueblo norteamericano, por las peculiaridades de su formación histórica -tan agudamente analizadas por Kissinger-, su situación privilegiada en el mundo, y su psicología voluntariosa exige un idealismo fácil para encubrir las difíciles paradojas en la acción exterior de un superpoder que quiere preservarse como democracia. La sobriedad europea de Kissinger contrastó siempre con esa tradición ideológica.

Es quizás en este terreno, el de la legitimación interna de su proyecto, donde se pusieron de manifiesto las más relevantes fallas de Kissinger. Aquí podrían aplicársele las mismas críticas que él hizo a Metternich y Bismarck. Sobre el primero, Kissinger escribió unas frases verdaderamente premonitorias de lo que, para algunos, le ocurrió a él mismo como diplomático: "Tenía Metternich tantos recursos -dice Kissinger en **Un Mundo Restaurado**- que por un tiempo pudo hacer que una estrategia apareciera como el patrón natural de las relaciones internacionales; eran tan diestras sus combinaciones que durante

un decenio encubrieron el hecho de que lo que parecía la aplicación de principios universales era en realidad la 'tour de forcé' de una figura solitaria".<sup>82</sup> Hasta qué punto Kissinger logró las "soluciones estructurales" que buscaba, y hasta qué punto verá el futuro su acción como la obra de un "ilusionista", de un experto en la manipulación táctica, de un artífice y un prestidigitador de la diplomacia? Kissinger escribió, refiriéndose a Bismarck, que: "los dioses castigan a veces el orgullo colmando con exceso los deseos del hombre. Los estadistas, que construyen en forma permanente, transforman el acto personal de la creación en instituciones que pueden ser mantenidas mediante un nivel de actuación normal. Bismarck fue incapaz de lograrlo. Su éxito mismo comprometió a Alemania a un 'tour de forcé' permanente. Creó condiciones que sólo podían ser resueltas por líderes extraordinarios. Y la aparición de éstos fue frustrada a su vez por el coloso que dominó a su país durante casi una generación. La tragedia de Bismarck fue que dejó una herencia de grandeza no asimilada".<sup>83</sup> Kissinger siempre se opuso, en teoría, a la "personalización" de la diplomacia, pero su éxito se fundamentó en sus cualidades personales, en su visión y su destreza técnica, en sus dotes políticas y su capacidad intelectual. ¿Hasta qué punto su obra sobrevivirá a su propio paso por el poder? ¿Se necesitan otros "líderes extraordinarios" para preservar lo que pueda tener de positivo? No cabe duda de que su período como figura central de la diplomacia norteamericana quedará como uno de los más interesantes en la historia de ese país; sólo el futuro dirá si su fogosa creatividad intelectual pudo traducirse en estructuras permanentes.

## 7. BALANCE Y CONCLUSIONES

*"Vivimos en un mundo sin respuestas simples".*

*H.A. Kissinger*

*"Los proyectos que he indicado. son insensatos, pero revelan cierta balbuciente grandeza".*

*Jorge Luis Borges. "Ficciones"*

No resulta fácil para un verdadero intelectual actuar con eficacia en la vida política, a no ser que su actividad se desarrolle a un nivel tan alto, y con tanto apoyo efectivo, que las mezquindades propias de la lucha por el poder ocupen un lugar muy secundario, y sea posible dar prioridad a las ideas. No obstante, la política no es de ninguna manera el territorio más propicio para los intelectuales, pues la acción eficaz requiere una reducción de los cuestionamientos, y el éxito práctico usualmente exige acallar muchas interrogantes. Los intelectuales

---

82. H.A. Kissinger: **"Un Mundo Restaurado"**, ob. cit. p. 410.

83. H.A. Kissinger: **"The White Revolutionary"**, ob. cit. p. 890.



quieren comprender el mundo tal como es, pero con frecuencia lo rechazan por insatisfactorio. El hombre de acción quiere cambiar el mundo, o simplemente sobreponerse a él. El intelectual cuestiona la realidad, el estadista tiene que moldearla o adaptarse a ella. Para el estadista lo principal es la correlación de fuerzas; para el intelectual lo esencial es la verdad de una concepción. Es difícil ser un intelectual, interesarse en política y suprimir las tendencias "proféticas"; para los estadistas, es indispensable no confundir sus deseos con la realidad de las cosas.

El intelectual que se hace estadista genera un reto a sí mismo y a la historia de su sociedad. Su camino estará lleno de dificultades, especialmente en un ámbito democrático, pues seguramente se le pedirán resultados concretos con una rapidez que él no estará dispuesto a seguir, y es probable que sus triunfos se sobrevaloren y se magnifiquen sus fracasos. Quizás el mayor logro de Kissinger haya sido establecer un equilibrio que le permitió actuar con notable éxito como estadista, preservando al mismo tiempo su condición de intelectual, su temperamento crítico, y su voluntad de guiarse por una visión de la política y de la historia. El caso de Kissinger es poco frecuente en un tiempo en el que predominan los "profetas" y los "conquistadores", o los estadistas "pragmáticos", carentes de visión arquitectónica y centrados en la mera manipulación de los conflictos.

Ignacio Lepp ha dicho que "El hombre de poca cultura cree con facilidad que lo sabe todo, mientras que el intelectual sabe sobre todo que sabe muy poco".<sup>84</sup> El intelectual-estadista tiene que superar este sentimiento en forma positiva, sin caer en el dogmatismo, llevando hacia adelante sus convicciones pero sin perder jamás el sentido crítico. Para **crear** en política es necesario actuar, y para actuar creativamente es fundamental **creer**; no hace falta hacerlo ciegamente, al estilo de los profetas, pero como mínimo se requieren ciertos principios firmes y una férrea voluntad. La superación del escepticismo es tal vez el reto más complejo y exigente para los intelectuales en la política; ante la alternativa de una lucha estéril, el intelectual que ya **no puede creer** debe retirarse y dar paso a los que creen. Este es en ocasiones el camino más duro y el que demanda mayor valentía. Kissinger logró vencer el reto, y hacer suya una misión política de elevadas miras, de acuerdo a la cual "el estadista debe ser un educador; debe salvar la brecha que separa la experiencia de un pueblo de su propia visión; la tradición, del futuro de una nación".<sup>85</sup> (Subrayado A.R.).

Sus esfuerzos para introducir en la política exterior norteamericana un factor de realismo y de transmitir al pueblo de Estados Unidos un mensaje de sobriedad fueron verdaderamente titánicos. Muchas veces repitió frases como estas: "Es tiempo de que enfrentemos la realidad de nuestra situación... Necesitamos fortaleza moral para escoger entre opciones complejas y un sentido de dirección para navegar entre las borrascas de difíciles decisiones. Pero

---

84. I. Lepp: "El Intelectual y el Arte de Vivir", Ediciones Carlos Lohíé, Buenos Aires, 1966 p.33.

85. H.A. Kissinger: "Un Mundo Restaurado", ob. cit. p. 428.

requerimos también un maduro concepto de nuestros propios medios, para no sustituir con nuestros deseos las exigencias de la supervivencia... Debemos aceptar que Estados soberanos, en especial aquellos de poder relativamente equivalente, no pueden imponerse entre sí condiciones inaceptables, y deben marchar en base al compromiso".<sup>86</sup> La tarea del estadista como educador es usualmente ingrata, en particular si el mensaje que se trata de transmitir es de moderación, pues no cuesta demasiado esfuerzo hacer aparecer el cuidado por los límites y el autocontrol como una concesión innecesaria al adversario. Por otra parte, puede existir una gran distancia entre la experiencia de un pueblo y la visión de un estadista, hasta el punto que esta última no pueda ser asimilada por la sociedad a la que pretende aplicarse. Esto ocurrió, al menos parcialmente, en el caso de Kissinger. Su estilo y sus concepciones fueron frecuentemente calificadas de "maquiavélicas" (en el sentido usual del término), más de él podría decirse lo mismo que Taylor ha dicho de Bismarck: "Fue tan implacable e inescrupuloso como cualquier otro político; lo que le distinguió fue su moderación, y, como expresó Goethe: 'el genio consiste en saber donde detenerse'".<sup>87</sup> Kissinger fue un "moderado" a nivel estratégico; a veces radical, excesivamente audaz, y hasta cruel, a nivel táctico.

En su libro sobre Kissinger, George Liska establece una distinción entre lo que denomina el "conservadurismo desafiante" y el "conservadurismo derrotista", e identifica el primero con Bismarck y el segundo con Metternich y Kissinger. La diferencia entre ambos estriba en que el "conservador desafiante" opera desde una base todavía sustancialmente fuerte, y trata de consolidar posiciones a través de reformas que sirvan de muro de contención ante los principales desafíos al orden existente. En cambio, el "conservador derrotista" opera desde una base irremisiblemente decadente y actúa con timidez ante nuevas tuerzas y tendencias en lugar de manejarlas para sus propios fines. Según Liska, Kissinger no se esforzó en "reformular estructuralmente el sistema internacional mediante un reacomodo de las fuerzas existentes, con el propósito de abrir canales a otras fuerzas en apoyo de los objetivos esencialmente conservadores de la política exterior norteamericana"<sup>88</sup>. Hay algo de cierto en estas críticas; Kissinger dejó escapar en algunas (muy pocas) ocasiones, expresiones pesimistas sobre el "destino de Occidente" y con frecuencia se hicieron observaciones acerca de su supuesta "sobreestimación" del poderío soviético. Sin embargo, su línea general fue la de exaltar en forma sistemática los "valores occidentales", y manifestó siempre gran impaciencia con el pesimismo sobre el futuro, el alarmismo y las tendencias derrotistas de los miembros europeos de la OTAN. De otra parte, si bien Kissinger -como gestor descolante de la política exterior norteamericana en las primeras etapas del "Diálogo Norte-Sur"- no fue capaz de "reacomodar" (en términos de Liska) las fuerzas existentes y abrir canales a las energías ascendentes del Tercer Mundo no debe perderse de vista (cosa que hacen muchos proponentes del "Nuevo Orden Económico Internacional") **que el cambio en las relaciones de poder mundial** que implicaría el establecimiento de ese

---

86. H.A. Kissinger: "American Foreign Policy", ob. cit. pp. 204, 309.

87. A.J.P. Taylor: "Bismarck", ob. cit. p. 206.

88. G. Liska: Beyond Kissinger, John Hopkins University Press, Baltimore, 1975, p. 96

"Nuevo Orden" no conviene en muchos sentidos a los países capitalistas avanzados, en especial a Estados Unidos. La preservación de relaciones de dependencia económica es una garantía de predominio político, y los planteamientos del "programa máximo" tercermundista en el "Diálogo" de materializarse, producirían sin duda una alteración significativa del balance de poder internacional, que podría traer beneficios **económicos** a los países desarrollados pero que no necesariamente les interesa desde el punto de vista **político**. Esta realidad posiblemente motivó la posición de Kissinger en relación al Tercer Mundo, y explicaba la actitud poco entusiasta y a veces intransigente de los países desarrollados frente al "Diálogo".

Las críticas de Liska encuentran pocas bases de sustentación si se piensa en el enorme significado de la apertura norteamericana hacia China ¿Si esto no fue "abrir canales a otras fuerzas en apoyo de los objetivos esencialmente conservadores" de Estados Unidos, entonces, de qué se trata? Es también indudable que Kissinger buscó "reacomodar las fuerzas existentes" del presente sistema internacional; ahora bien, no planteó su proyecto como un intento de "reforma estructural" sino de creación de una estructura (conservadora) para el sostenimiento de un orden estable de relaciones. Puede no estarse de acuerdo con el proyecto, pero éste definitivamente existió.

Kissinger despojó al juego internacional de muchos mitos, y contribuyó en forma relevante a que se entienda que el poder no son "cosas", sino una relación entre actores políticos; que el poder medido en términos solamente materiales puede conducir a la situación de un elefante que sea ciego y paralítico a la vez: "El poder sirve de poco sin las doctrinas y conceptos que definen dónde y cómo debe aplicarse en función de nuestros intereses".<sup>89</sup> Para el estadista, la teoría sin la práctica puede hacerse pura especulación, pero la práctica sin la teoría puede convertirse en mera improvisación y aventurerismo.

En última instancia, la figura de Kissinger, seguirá despertando interés por lo que su acción significó como reivindicación del rol del individuo en la historia. En el libro que cimentó su prestigio y le abrió las puertas al mundo del gobierno, Kissinger escribió que: "La política es el arte de medir las probabilidades; su dominio depende del manejo de lo posible. El intento de conducirla como una ciencia tiene que llevar a la rigidez, pues sólo los riesgos son ciertos, las oportunidades son conjeturales".<sup>90</sup> Corresponde a los grandes estadistas aceptar los riesgos y aprovechar las oportunidades.

---

89. H. A. Kissinger: American Foreign Policy, ob. cit., p. 394..

90. H. A. Kissinger: Nuclear Weapons and Foreign Policy, ob. cit. p. 240.

## APÉNDICE: LAS "MEMORIAS" DE KISSINGER

El voluminoso primer tomo de las "Memorias" de Henry Kissinger, **White House Years**, apareció varios meses después de que hubiese concluido la redacción de mi ensayo **El Intelectual y el Estadista**. Dada la importancia testimonial de la obra, la amplitud de temas que cubre, y su repercusión internacional, he considerado conveniente añadir algunos comentarios a mi anterior trabajo a la luz de lo planteado por Kissinger en su nuevo libro.

Corresponde, desde luego, al lector interesado constatar hasta qué punto la exposición y revelaciones de Kissinger en sus "Memorias" confirman o desmienten la tesis de mi ensayo. Como autor, sólo puedo decir que me resultó fascinante comprobar, al leer **White House Years**, la continuidad del pensamiento de Kissinger, la firmeza con la cual dio el salto desde el ámbito académico al mundo del poder político, y su implacable determinación de actuar en la práctica tal como se lo había propuesto a nivel teórico. Kissinger experimentó en carne propia que al llegar a posiciones de mando se actúa con lo que se tiene antes de alcanzar el poder; es difícil crecer intelectualmente en el mando, pues su ejercicio "enseña a tomar decisiones, no qué decisiones tomar". Según Kissinger, "La mayoría de los altos funcionarios dejan su trabajo con las mismas percepciones y puntos de vista con los que lo asumieron... Y mientras menos saben al principio más dependientes se hacen de la única fuente de conocimientos disponible: los funcionarios permanentes. Inseguros de su propia capacidad, sin claridad sobre las alternativas, tienen poco margen de escogencia excepto seguir el consejo de los expertos".<sup>91</sup> Kissinger podía romper con esta situación, y estaba dispuesto a hacerlo; él era el intelectual-estadista, provisto de un capital teórico adquirido a lo largo de años de estudio, y convencido de la adecuación de esos instrumentos para afrontar los terribles retos de la vida internacional de hoy.

En sus **Antimemorias** Malraux sostuvo que "Las memorias del siglo \ XX son de dos naturalezas. Por un lado, el testimonio sobre los eventos; éste es el caso, tal vez, de las Memorias de Guerra del General De Gaulle y Los Siete Pilares de la Sabiduría de T.E. Lawrence: el recuento de la | ejecución de un gran propósito. De otro lado está la introspección, de la cual Gide es el último representante ilustre, concebida como estudio del hombre".<sup>92</sup> Las "Memorias" de Kissinger se ubican nítidamente dentro del primer tipo; hay en ellas una narración de eventos, pero por encima de todo el libro es una apología, no en el sentido usual de defensa ante sus adversarios y críticos, sino de acuerdo al significado literal del término: una presentación de sus creencias. Tenemos el derecho a sospechar que quizás su política no tuvo la coherencia que Kissinger le atribuye

---

91. H.A. Kissinger: *White House Years*, Little Brown, N.Y. 1979, p. 27.

92. André Malraux: *Antimémoires*, Gallimard, Paris, 1967, p. 14.

retrospectivamente, pero no cabe duda que sus acciones estuvieron basadas en un conjunto de principios con una consistencia poco usual entre los estadistas mundiales. "Se había formado una clara visión sobre la estructura del sistema internacional, que es más de lo que puede decirse acerca de la mayoría de funcionarios oficiales; y tenía una combinación de fuerza de voluntad en mantener sus objetivos y habilidad táctica en dirigirse a ellos que es mucho más de lo que puede decirse de los académicos -al menos una vez que se aventuran fuera de sus selvas privadas".<sup>93</sup>

En las primeras páginas de su obra Kissinger confirma que se encargó de su posición de consejero presidencial preparado a imponer un sentido de dirección a los eventos, y a reducir la improvisación en la toma de decisiones. Cuando Nixon le consultó por primera vez cuál en su opinión debía ser la meta de su diplomacia, Kissinger respondió que "el problema clave era desprender la política exterior norteamericana de sus violentas oscilaciones históricas entre el pánico y la euforia... La política tenía que relacionarse a una serie de principios básicos del interés nacional que trascienden cualquier administración en particular, y deben mantenerse a pesar de que cambien los presidentes".<sup>94</sup> La importancia de una perspectiva global, de un marco teórico, es constantemente enfatizada por Kissinger a medida que despliega -en casi 1.500 páginas- el relato de sus primeros años como asesor presidencial en materia de seguridad nacional: "El más difícil reto para un estadista en política exterior consiste en establecer prioridades. Un marco conceptual -que conéctenlos eventos- es una herramienta esencial. La ausencia de esta "conexión" produce exactamente lo contrario de la libertad de acción-los estadistas se ven forzados a responder a intereses parroquiales,' asfixiados por todo tipo de presiones sin punto de apoyo fijo".<sup>95</sup> El éxito en política exterior requiere "un sentido de la historia la comprensión de complejas fuerzas fuera de nuestro control, y una visión amplia de la fábrica de los acontecimientos".<sup>96</sup>

Fue en base a esa visión de conjunto, como intenté explicar en mi ensayo, que Kissinger quiso fundamentar las relaciones de Estados Unidos con la Unión Soviética, concediéndole a este proceso el rango de problema prioritario para la política exterior norteamericana. No pasó desapercibido para Kissinger el hecho de que su postura política, realista, compleja, sutil, no era fácil de asimilar en su propio país: "Lo que hizo a la Administración de Nixon tan poco 'americana' fue su esfuerzo de establecer un sentido de proporción en medio del torbellino de las emociones conflictivas, para ajustarse a un mundo esencialmente diferente a nuestras percepciones históricas... Teníamos que aprender a reconciliarnos con las alternativas imperfectas, los logros parciales las insatisfactorias tareas del balance y la maniobra, con confianza en nuestros valores morales pero reconociendo que sólo podían ser conquistados por etapas y a largo plazo".<sup>97</sup>

---

93. Michael Howard: "Conducting the Concert of Powers". The Times Literary Supplement, 21-XII-1979, p.147.

94. H.A. Kissinger: White House... ob. cit. p. 12.

95. Ibid, p.130.

96. Ibid.

97. Ibid, p. 1089

Kissinger reflexiona sobre las cualidades que debe poseer un verdadero estadista, y pone de relieve nuevamente su visión de la política como sentido de las proporciones y conciencia de los límites. Sus ideas sobre la diferencia entre la actitud crítica y desprendida de presiones del académico y la posición comprometida y ambigua del estadista traen a la mente la distinción hecha por Max Weber entre una "moral de la convicción" y una "ética de la responsabilidad". Esta última que corresponde a la vida política, no puede aferrarse a valores absolutos, y debe tener siempre presentes el problema de las consecuencias de la acción y el carácter impuro que toma en muchas ocasiones la lucha política. El líder político con frecuencia tiene que alcanzar sus metas peldaño tras peldaño; cada paso que da es inherentemente imperfecto y sin embargo, sin él no puede aproximarse a objetivos moralmente superiores: "El test de un filósofo es el razonamiento tras sus máximas; el test de un estadista no es solamente la exaltación de sus fines sino también la catástrofe que evita... El diálogo entre el académico y el estadista no llegará probablemente a una conclusión definitiva. Sin principios, la política no tendría standards; pero sin la voluntad de penetrar en la oscuridad y arriesgarse ante la incertidumbre, la humanidad no conocerá la paz".<sup>98</sup> El propio Kissinger experimentó los efectos de este choque entre dos mentalidades, una de las cuales pretende reducir la complejidad del mundo con el peso de los principios, y otra que entiende que el oficio de gobernar no es una lección universitaria, y que la política es un arte imperfecto. Entre muchos otros pasajes de interés, Kissinger narra un encuentro con sus antiguos colegas de Harvard durante un momento crítico de la guerra de Vietnam. El grupo de académicos criticó duramente la política seguida por la Administración Nixon, pero de una manera que convenció a Kissinger de que esa reunión completaba su transición del mundo académico al mundo de la política real: "su carencia de compasión, su aplastante sentido de superioridad, su rechazo a ofrecer alternativas" comprobaron a Kissinger, frente a sus ex-colegas, que en los esfuerzos que llevaba a cabo desde el poder "no obtendría ayuda de aquellos con quienes había compartido mi vida profesional".<sup>99</sup> Lo que llevó a Kissinger a esta conclusión no fueron las críticas —que con toda seguridad esperaba— sino el carácter principista de las mismas, ajenas por completo a las realidades concretas, y colocadas "más allá del bien y del mal".

Kissinger tenía la inalterable convicción de haber hecho su entrada en la escena política en un momento crítico para Estados Unidos. Los años sesenta habían marcado el "fin de la inocencia" para el pueblo norteamericano; lo que restaba por ver era "si podíamos asimilar este conocimiento o consumirnos en rebelión contra nuestra madurez".<sup>100</sup> Entendió su misión como el esfuerzo de hacer que ese país que le había acogido asumiese la realidad de sus propias

---

98. Ibid, p. 55.

99. Ibid, p. 515.

100. Ibid, p. 56.

limitaciones. Tuvo que llevar a cabo su propósito bajo el mando de un hombre atormentado, contradictorio, y lleno de pequeñeces como Richard Nixon. La personalidad de Nixon y la huella de su paso por la política norteamericana merecen una discusión más amplia de la que puedo acometer en estas notas; no obstante, si bien es casi un rito -en especial luego del drama de Watergate vilipendiar a Nixon, opino que el juicio histórico futuro será más equilibrado sobre un político que revolucionó la estrategia exterior norteamericana. La actitud de Kissinger hacia Nixon, tal como se refleja en sus "Memorias", es bastante ambivalente; muchas de las fallas de Nixon —desde el punto de vista de su asesor de seguridad nacional— eran positivas virtudes al tratarse de ejercer el poder y promover la diplomacia. Nixon aborrecía —por su innata timidez y arraigada inseguridad- las negociaciones cara a cara con otros gobernantes; Kissinger, por su parte, se consideraba admirablemente adiestrado y capacitado para ello. Además, su estilo diplomático exigía un grado de confidencialidad que, en las condiciones de la sociedad democrática norteamericana, sólo podía ser preservado a través de procedimientos fuera de lo común o, a veces, irregulares, que Nixon estaba dispuesto a sustentar. Sobre todo, Kissinger apreciaba en Nixon la habilidad y valentía para tomar decisiones: "Nixon —escribe Kissinger— merece elevados créditos por firmes decisiones tomadas bajo enorme presión pública; por su visión estratégica; por sus esfuerzos solitarios; por su coraje en asumir riesgos tanto en la guerra como en la paz. Su estilo administrativo era escabroso, y sus costos humanos poco atractivos; sin embargo, la historia debe también tomar nota de los grandes éxitos logrados, que no podrían haberse obtenido con el uso de procedimientos convencionales".<sup>101</sup>

Uno de los más interesantes episodios narrados por Kissinger -y que revelan su disposición y la de Nixon a adoptar ante los sucesos mundiales una postura decisiva con visión estratégica a largo plazo-se refiere a las discusiones en el seno del gobierno norteamericano en torno a la agudización del conflicto —chino-soviético en 1969 y las resoluciones entonces adoptadas. Hay que recordar que para ese momento Estados Unidos y China no habían aún roto el hielo que cubría sus relaciones; el acrecentamiento de las tensiones entre la URSS y China, alimentadas por encuentros armados en diversos puntos de la frontera entre ambos países, y el solapado interés soviético —manifestado por un funcionario de su Embajada en Washington— en conocer cuál sería la probable reacción norteamericana ante un ataque preventivo de la URSS contra las instalaciones nucleares chinas, puso el problema sobre el tapete con urgencia para Estados Unidos. En una reunión del Consejo de Seguridad Nacional realizada el 14 de agosto de 1969, Nixon expresó su convicción de que los Estados Unidos no podía permitir que la URSS "aplastase" a China. El 25 de agosto Kissinger dio instrucciones para que se preparasen planes de contingencia sobre las acciones a tomar en caso de una guerra chino-soviética:

---

101. Ibid, p. 841

"Si el cataclismo ocurría, Nixon y yo tendríamos que afrontarlo con escaso respaldo del resto del gobierno -y quizás del país— en relación a lo que considerábamos una necesidad estratégica: apoyar a China... Desde un principio Nixon y yo estuvimos convencidos —los únicos entre el más alto grupo dirigente- que Estados Unidos no podía aceptar un asalto militar sobre China. Habíamos sostenido este punto de vista antes de que hubiese cualquier tipo de contacto con los chinos; impusimos la planificación de contingencia sobre una burocracia reacia desde el verano de 1969. Desde luego, esta actitud no reflejaba ningún acuerdo entre Pekín y Washington... se basaba simplemente en una sobria apreciación geopolítica".<sup>102</sup> A mi modo de ver, la posición asumida ante la confrontación chino-soviética es uno de los más reveladores ejemplos de la dirección que Nixon y Kissinger quisieron imprimir a la diplomacia norteamericana: evitar el sentimentalismo y la aventura; asumir riesgos graves sólo si así lo exigía el mayor interés nacional; pensar con sentido estratégico y en función de una estructura global; no sacrificar la perspectiva a largo plazo a cambio de la ventaja inmediatista. Para todo ello, Kissinger tuvo conciencia clara de cuál era su deber de asesor: hablar al Presidente sin ambigüedades sobre p las materias de su competencia.

La estrategia diplomática Nixon-Kissinger tenía sus raíces en una cierta interpretación de la responsabilidad de los líderes en una democracia. Las reflexiones que al respecto hace Kissinger traslucen temas que son verdaderas constantes en su perspectiva intelectual. En una democracia, es afortunado aquel gobernante cuyas convicciones acerca de lo que en determinadas circunstancias exige el interés nacional coinciden con la opinión mayoritaria de la ciudadanía. Pero ¿cuál es la obligación del líder -se pregunta Kissinger- si esas percepciones difieren? Según Kissinger: "Una visión obtusa de la democracia reduciría al líder a la pasividad y le concebiría tan sólo como receptor de la opinión pública tal y como él la entiende. Pero esta línea significa la negación de las cualidades que el público tiene el derecho a esperar de aquellos que conducen los asuntos del Estado. Los líderes son responsables no de procesar encuestas de opinión sino de las consecuencias de sus acciones. Serán culpados de desastres aún si las decisiones que produjeron la calamidad disfrutaban de amplio apoyo al ser tomadas".<sup>103</sup> Kissinger replantea aquí uno de los grandes dilemas del liderazgo en la democracia, y no cabe duda que uno de los aspectos más interesantes de **White House Years** es la descripción de los mecanismos internos de funcionamiento del gobierno norteamericano, la quejumbrosidad de la burocracia, las luchas y la competencia desleal entre diversos organismos, la improvisación ante numerosos sucesos. Luego de leer estas "Memorias", se llega forzosamente a la conclusión de que es errado pensar que las administraciones públicas de países avanzados son maquinarias bien aceitadas de un funcionamiento casi intachable, pues en realidad éstas adolecen de serios defectos, algunos de los cuales contribuyeron a aumentar la tendencia del dueto Nixon-Kissinger a abandonar los tortuosos e ineficientes canales oficiales y tomar vías alternas para la ejecución de sus designios. Por supuesto, el reto para el estadista en la democracia es

---

102. Ibid, pp. 183, 764.

103. Ibid. p. 292.



mantener su independencia de criterio y una cierta distancia respecto a los vaivenes de la opinión pública, pero sin cerrarle las vías de acceso y hacer caso omiso de ella, lo cual inevitablemente le llevaría al fracaso. Ni los más preclaros dirigentes tienen siempre toda la razón.

Las "Memorias" de Kissinger son el libro de un historiador; hay que recordar que antes de ser político, Kissinger se dedicó como académico al estudio sistemático de la historia, en particular de la diplomacia europea del siglo XIX, y es en este campo donde produjo sus más sólidas contribuciones intelectuales. Se destacan, en **White House Years**, por su calidad literaria, su agudeza crítica y su penetración psicológica, los "retratos" que hace Kissinger de los grandes estadistas que tuvo oportunidad de conocer, algunos como aliados amistosos, otros como irreconciliables adversarios. El propio Nixon, Mervin Laird, John Connally, William P. Rogers en la escena norteamericana; De Gaulle, Willy Brandt, Indira Gandhi, Brezhnev, Kosygin, Gromyko, y varios otros en el marco internacional son sometidos a los comentarios de Kissinger, en general bastante generosos y sorprendentemente carentes de acidez. De Le Duc Tho dice que "indudablemente estaba construido de la materia que hace los héroes. Lo que vinimos a comprender con velada reticencia -y que muchos nunca entendieron— es que los héroes son tales gracias a su determinación monomaniaca de lograr sus propósitos. Raramente son hombres agradables; su rigidez les acerca al fanatismo; no se especializan en las cualidades necesarias para conquistar la paz a través de la negociación".<sup>104</sup> Kissinger no se pretendió héroe, sino estadista, y esto debe tenerse presente para evaluar acertadamente sus acciones.

Los capítulos más débiles de sus "Memorias" -en términos del número de preguntas que se dejan sin contestar y de prejuicios no cuestionados— se refieren a dos de los episodios más controversiales de su gestión pública: los bombardeos secretos y posterior invasión a Camboya y la intervención contra el gobierno de Salvador Allende en Chile. El caso de Camboya constituyó un grave fracaso para Kissinger, que acentuó los sufrimientos de esa tierra llena de tragedias. Los errores cometidos se acrecentaron por la manera en que se llevó a cabo esa política. Como lo plantea Howard: "No solamente se mantuvo en la oscuridad al pueblo norteamericano; también se le mintió. Una cosa es una política exterior clandestina; otra diferente es una guerra clandestina. Los norteamericanos recibieron un golpe al descubrir lo que había sido hecho a sus espaldas y en su nombre. Esta no era su guerra, era la guerra de Kissinger, un instrumento clandestino de su política clandestina. Debe cargarse por ello una especial responsabilidad, así como debe dársele crédito por su apertura hacia China, su actitud hacia la Unión Soviética y sus iniciativas en el Medio Oriente".<sup>105</sup> En cuanto a Chile, Kissinger actuó con la ceguera, la falta de imaginación, el menosprecio y la rudeza que han caracterizado tradicionalmente la política norte-americana en la región. En dos artículos publicados en el diario El Nacional de Caracas en enero de 1980, Carlos Fuentes sometió a una crítica devastadora el recuento de Kissinger sobre la participación norteamericana en la

---

104. Ibid, p. 442.

105. M. Howard: art. cit. p. 148. Para un amplio comentario de lo dicho por Kissinger en torno a Camboya, véase el artículo de Patrice de Beer: "Cambodge: de l'intervention au désastre". Le Monde Diplomatique, 8 Décembre 1979.

"desestabilización" y derrocamiento de Allende en Chile. De allí extraigo estas palabras decisivas: "Debemos calibrar el camino que va de la hipótesis de la doctrina unilateral de Monroe —Estados Unidos no puede tolerar la intervención de una potencia extracontinental en los asuntos de las Américas- a la doctrina igualmente unilateral de Kissinger: un sistema potencialmente opuesto a la hegemonía de Estados Unidos en el hemisferio no puede llegar al poder, ni siquiera por la vía electoral. Pero la doctrina Monroe tenía la virtud de la originalidad republicana. La de Kissinger es un corolario servil de la doctrina Brezhnev de la soberanía limitada de las naciones que tienen la desgracia de vivir dentro de la esfera de influencia de una de las dos grandes potencias. En efecto: los dos dramas paralelos del socialismo, la democracia y la independencia nacional en los últimos doce años se llaman Checoslovaquia y Chile".<sup>106</sup>

En resumidas cuentas, considero que en la figura de Kissinger como estadista, en su acción política y sus aportes intelectuales, existen aspectos dignos de admiración así como otros que merecen rechazo. Mi evaluación del personaje ha intentado evitar los extremos de la aceptación superficial y del repudio fanático. Pienso que estas palabras de Max Weber son apropiadas para poner punto final a todo lo expuesto: "La política consiste en una dura y prolongada penetración a través de tenaces resistencias, para la que se requiere, al mismo tiempo, pasión y mensura. Es completamente cierto, y así lo prueba la Historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez".<sup>107</sup>

---

106. Carlos Fuentes: "Henry Kissinger y la Intervención en Chile"; El Nacional, Caracas, 27 de Enero 1980.

107. Max Weber: **El Político y el Científico**, Alianza Editorial, Madrid, 1972, p. 178.